

ASPECTOS CONCEPTUALES DE LA AGRESIÓN: DEFINICIÓN Y MODELOS EXPLICATIVOS

THEORETICAL ISSUES ON AGGRESSION: CONCEPT AND MODELS

MIGUEL ÁNGEL CARRASCO ORTIZ Y M^a JOSÉ GONZÁLEZ CALDERÓN
Facultad de Psicología. Universidad Nacional de Educación a Distancia

Resumen

El presente artículo aporta una revisión histórica del estudio de la agresión. En lo referente a su definición, se revisa su concepto y la delimitación del mismo respecto de otros términos, tales como agresividad, ira, hostilidad, violencia, delito o crimen. Así mismo, se resumen una selección de las principales tipologías de la agresión. Por último, se presentan los distintos modelos explicativos de la conducta agresiva: instintivos, biológicos, del drive, conductuales, cognitivos, aquellos centrados en la dinámica familiar y en los hábitos de crianza, así como las aproximaciones evolutivas y, finalmente, los modelos integradores.

Palabras Clave

Agresión, concepto, tipología, modelos explicativos

Abstract

The present paper provides a historical review of the study of aggression. As far as its definition, its concept is revised and so is its delimitation with regard to other terms such as aggressiveness, anger, hostility, violence or crime. Likewise, a selection of the main typologies is also summarized. Lastly, several explicative models of aggression are presented: instinctive, biological, drive models, behavioral, cognitive, those related to family dynamics or rearing patterns, as well as the developing approaches and the integrative theories.

Key Words

Aggression, concept, typology, explicative models

Hacia una definición de la conducta agresiva

Concepto de agresión

La conducta agresiva es un comportamiento básico y primario en la actividad de los seres vivos, que está presente en la totalidad del reino animal. Se trata de un fenómeno *multidimensional* (Huntingford y Turner, 1987), en el que están implicados un gran número de factores, de carácter *polimorfo*, que puede manifestarse en cada uno de los niveles que integran al individuo: físico, emocional, cognitivo y social. Dichas características junto con la ausencia de una única definición de la agresión, consensuada y unánimemente establecida, como se expone a continuación, dificultan su investigación.

El concepto de agresión se ha empleado históricamente en contextos muy diferentes, aplicado tanto al comportamiento animal como al comportamiento humano infantil y adulto. Procede del latín "agredi", una de cuyas acepciones, similar a la empleada en la actualidad, connota "ir contra alguien con la intención de producirle daño", lo que hace referencia a un acto efectivo.

Una revisión de la literatura reciente sobre la agresión revela la existencia de un amplio y variado abanico de definiciones de la misma. En la tabla 1 se recogen algunas de las más conocidas, en función de su aparición cronológica.

Como puede observarse, tres elementos parecen señalarse en la mayoría de las definiciones de agresión recogidas:

- Su carácter *intencional*, en busca de una meta concreta de muy diversa índole, en función de la cual se pueden clasificar los distintos tipos de agresión.
- Las *consecuencias aversivas o negativas* que conlleva, sobre objetos u otras personas, incluido uno mismo.
- Su *variedad expresiva*, pudiendo manifestarse de múltiples maneras, siendo las apuntadas con mayor frecuencia por los diferentes autores, las de índole física y verbal. También en función de su expresión se ha establecido una tipología de la agresión.

Sin embargo, para algunos autores centrados en el estudio de la agresividad física infantil (Tremblay, Japel, Périusse, McDuff, Boivin, Zoccolillo y Montplaisir, 1999; Tremblay, 2003), nin-

TABLA 1. Definiciones de agresión

Autor/es	Definición
Dollard et al. (1939)	Conducta cuyo objetivo es dañar a una persona o a otro objeto
Buss (1961)	Respuesta que produce un estímulo doloroso en otro organismo
Bandura (1972)	Conducta adquirida controlada por reforzadores, la cual es perjudicial y destructiva
Patterson (1973)	Evento aversivo dispensado contingentemente a las conductas de otra persona
Spielberger et al. (1983; 1985)	Conducta voluntaria, punitiva o destructiva, dirigida a una meta concreta, destruir objetos o dañar a otras personas
Serrano (1998)	Conducta intencional que puede causar daño físico o psicológico
Anderson y Bushman (2002)	Cualquier conducta dirigida hacia otro individuo, que es llevada a cabo con la intención inmediata de causar daño
Cantó	Comportamiento cuyo objetivo es la intención de hacer daño u ofender a alguien, ya sea mediante insultos o comentarios hirientes, o bien físicamente, a través de golpes, violaciones, lesiones, etc.
RAE (2001)	Ataque o acto violento que causa daño

guna de estas tres características ha de ser sustancial a la definición de esta conducta: la intencionalidad, manifiesta en las numerosas definiciones de la conducta agresiva, no es aplicable a muchas de las conductas agresivas que están presentes en el niño (Ej: pegar, arañar, pellizcar) antes de que la voluntariedad y la comprensión de las consecuencias de aquellas (infringir daño), sean evolutivamente posibles. Tampoco es aplicable a las conductas agresivas derivadas del miedo, la ira o el impulso; la gravedad o las consecuencias aversivas, a veces, son inexistentes en la conducta agresiva, dado que el impacto de ésta en la víctima, por ejemplo en el caso de un niño contra un adulto, es escaso o nulo; y por último, la diversidad expresiva responde más a una falta de operacionalización y de confusión conceptual en la que se entremezclan conceptos legales, patológicos y sociales, que a una evidencia contrastable. Por tanto, de acuerdo con estos autores, la delimitación de la agresión bajo estos presupuestos (diversidad, intencionalidad y aversión) no siempre se corresponde con la realidad y ha retrasado y dificultado el estudio de la conducta agresiva en los niños.

Delimitación conceptual: la agresión y otros conceptos relacionados

Existen diversos términos interrelacionados que se han empleado habitualmente como equivalentes del concepto de “agresión”, fundamentalmente por su solapamiento conceptual, como son: agresividad, ira, hostilidad, violencia, delito o crimen. Sin embargo, estos términos presentan diferencias más o menos importantes entre sí, las cuales se detallan en los siguientes apartados.

Agresión vs Agresividad

A diferencia de la *agresión*, que constituye un acto o forma de conducta “puntual”, reactiva y efectiva, frente a situaciones concretas, de manera más o menos adaptada, la *agresividad* consiste en una “disposición” o tendencia a comportarse agresivamente en las distintas

situaciones (Berkowitz, 1996), a atacar, faltar el respeto, ofender o provocar a los demás, intencionalmente. Para algunos autores, la agresividad se caracterizaría por su carácter último positivo, al estar implicada en la búsqueda de soluciones pacíficas a los conflictos, cualidad que la diferenciaría de otros constructos como el de violencia, de valencia negativa.

Agresión vs Ira-Hostilidad

Los términos agresión, ira y hostilidad se han empleado frecuentemente de forma intercambiable debido a la ambigüedad de sus definiciones y al fuerte solapamiento entre los mismos. Esto llevó a Spielberger a calificarlos conjuntamente bajo el epígrafe “*Síndrome AHA*”¹ (Spielberger, Jacobs, Russell y Crane, 1983; Spielberger et al., 1985; 1995). A pesar de su denominación conjunta, los tres conceptos hacen referencia a constructos claramente diferentes, como se expone a continuación.

La *ira* constituye un “estado emocional” consistente en sentimientos que varían en intensidad, desde una ligera irritación o enfado, hasta furia y rabia intensas, los cuales surgen ante acontecimientos desagradables y no están dirigidos a una meta (Spielberger et al., 1983; 1985). Para otros autores, la ira consistiría en la conciencia de los cambios fisiológicos asociados a la agresión, reacciones expresivo-motoras e ideas y recuerdos, producidos por la aparición de dichos acontecimientos (Berkowitz, 1996).

La *hostilidad*, por el contrario, connota un conjunto de “actitudes” negativas complejas, que motivan, en última instancia, conductas agresivas dirigidas a una meta, normalmente la destrucción o el daño físico de objetos o personas (Spielberger et al., 1983; 1985). Se trata, por tanto, de un componente cognitivo y evaluativo, que se refleja en un juicio desfavorable o negativo del otro, sobre el que se muestra desprecio o disgusto (Berkowitz, 1996).

A diferencia de la *ira*, que representa el componente emocional, y la *hostilidad*, referida al componente actitudinal-cognitivo, la *agresión*

¹ AHA son las siglas de Anger (Ira), Hostility (Hostilidad) y Aggression (Agresión).

constituye el componente comportamental del Síndrome AHA, la cual puede definirse como la “conducta” voluntaria, punitiva o destructiva, dirigida a una meta concreta, destruir objetos o dañar a otras personas.

Agresión vs Violencia

Algunas de las definiciones de *violencia* no se distinguen claramente del concepto de *agresión*, tales como la de Elliot et al. (1989) “amenaza o uso de la fuerza física con intención de causar heridas físicas, daño o intimidación a otra persona” o la de Reiss y Roth (1993) “conductas emitidas por sujetos que intencionalmente amenazan o infligen daño físico sobre los otros”. No obstante, se aprecia que éstas y otras definiciones de violencia se caracterizan por incluir los términos “intimidación” y “amenaza”, no presentes a veces en las definiciones de agresión.

El término *violencia* se suele emplear para referirse a conductas agresivas que se encuentran más allá de lo “natural”, en sentido adaptativo, caracterizadas por su ímpetu, intensidad, destrucción, perversión o malignidad, mucho mayores que las observadas en un acto meramente agresivo, así como por su aparente *caren- cia de justificación*, su tendencia meramente *ofensiva*, contra el derecho y la integridad de un ser humano, tanto física como psicológica o moral, su *ilegitimidad*, ya que suele conllevar la ausencia de aprobación social, e incluso su *ilegali- dad*, al ser a menudo sancionada por las leyes. Las características de la violencia apuntadas no son elementos definitorios de la agresión, ya que, a veces, una conducta agresiva puede ser legítima, no tiene por qué ser ilegal, puede emplearse para defenderse de un ataque externo, y a menudo, posee un motivo que justifica su aparición, de lo que se deduce que no se puede equiparar todo acto agresivo con la violencia.

Habitualmente, los términos *agresión* o *agresividad* suelen emplearse para etiquetar comportamientos “animales”, mientras el concepto *violencia* suele reservarse para describir

acciones “humanas”. Esto es debido a que los etólogos han detectado agresiones en toda la escala animal, no así la violencia, casi exclusiva del ser humano.

Agresión vs Delito-Crimen

Una *agresión* puede llegar a constituir en algunas ocasiones, pero no necesariamente, un comportamiento delictivo o criminal, en función de si es penado “legalmente”. Para considerarse un *delito*, una conducta debe caracterizarse por ser un acto típicamente antijurídico, culpable, sometido a veces a condiciones objetivas de penalidad, imputable a una persona y sometido a una sanción penal. Según la RAE (2001), se trata de un quebrantamiento de la ley o una acción u omisión voluntaria o imprudente penada por la ley.

Por otro lado, un *crimen* consiste en un tipo de delito, de gravedad, que implica una acción voluntaria de matar o herir a alguien gravemente.

Como se puede apreciar, solo un conjunto de conductas agresivas podrían considerarse delictivas o criminales en base a derecho.

Tipología de la agresión

La *agresión* no suele aparecer como una entidad única, sino por el contrario, como un constructo múltiple en el que pueden encontrarse distintos tipos de comportamientos agresivos. Esto se debe a su propia naturaleza multidimensional, por la cual diferentes procesos fisiológicos y mentales se combinan para crear distintas formas de agresión (Liu, 2004).

En las últimas décadas, se han propuesto diferentes sistemas de clasificación de la agresión, las cuales tienden a sobreponerse, mostrando en algunos casos diferencias sutiles entre sí. En la tabla 2 se resumen los más aceptados, junto con los autores que los proponen y el criterio clasificatorio empleado.

TABLA 2. Clasificaciones de las conductas agresivas

Criterio de clasificación	Autor/es	Tipología	Descripción
Naturaleza	Buss (1961); Pastorelli, Barbarelli, Cermak, Rozsa y Caprara (1977); Valzelli (1983)	<i>Agresión Física</i>	Ataque a un organismo mediante armas o elementos corporales, con conductas motoras y acciones físicas, el cual implica daños corporales.
		<i>Agresión Verbal</i>	Respuesta oral que resulta nociva para el otro, a través de insultos o comentarios de amenaza o rechazo.
	Galen y Underwood (1997)	<i>Agresión Social</i>	Acción dirigida a dañar la autoestima de los otros, su estatus social o ambos, a través de expresiones faciales, desdén, rumores sobre otros o la manipulación de las relaciones interpersonales.
Relación interpersonal	Buss (1961); Valzelli (1983); Lagerspetz et al. (1988); Björkqvist et al. (1992); Crick y Grotpeter (1995); Grotpeter y Crick (1996); Connor (1998); Crick et al. (1999); Crick, Casas y Nelson (2002)	<i>Agresión Directa o abierta</i>	Confrontación abierta entre el agresor y la víctima, mediante ataques físicos, rechazo, amenazas verbales, destrucción de la propiedad y comportamiento autolesivo.
		<i>Agresión Indirecta o Relacional</i>	Conductas que hieren a los otros indirectamente, a través de la manipulación de las relaciones con los iguales: control directo, dispersión de rumores, mantenimiento de secretos, silencio, avergonzar en un ambiente social, alienación social, rechazo por parte del grupo, e incluso exclusión social.
Motivación		<i>Agresión Hostil</i>	Acción intencional encaminada a causar un impacto negativo sobre otro, por el mero hecho de dañarle, sin la expectativa de obtener ningún beneficio material.
	Feshbach (1970); Atkins, Stoff, Osborne y Brown (1993); Kassirer y Sokhodolsky (1995); Berkowitz (1996)	<i>Agresión Instrumental</i>	Acción intencional de dañar por la que el agresor obtiene un objetivo: ventaja o recompensa, social o material, no relacionada con el malestar de la víctima.
		<i>Agresión Emocional</i>	Agresión de naturaleza fundamentalmente emocional generada no por un estresor externo, sino por el afecto negativo que dicho estresor activa, produciendo ira y tendencias agresivas.

TABLA 2. Clasificaciones de las conductas agresivas (continuación)

Criterio de clasificación	Autor/es	Tipología	Descripción
Clasificación clínica	Dodge y Coie (1987); Meloy (1988); Price y Dodge (1989); Dodge (1991);	<i>Agresión Pro-activa</i> (predatoria, instrumental, ofensiva, controlada, en frío ¹)	Conducta aversiva y no provocada, sino deliberada, controlada, propositiva, no mediada por la emoción, dirigida a influenciar, controlar, dominar o coaccionar a otra persona.
	Day, Bream y Paul (1992); Pulkkinen, 1996; Dodge, Lochman, Harnish y Bates (1997); Kolko y Brown (1997); Scarpa y Raine (1997); Viatro, Gendreau, Tremblay y Oligny (1998); Raine et al. (2004)	<i>Agresión Reactiva</i> (afectiva, impulsiva, defensiva, incontrolada, en caliente ²)	Reacción defensiva ante un estímulo percibido como amenazante o provocador (agresión física o verbal), acompañada de alguna forma visible de explosión de ira (gestos faciales o verbalizaciones de enfado). Respuesta impetuosa, descontrolada, cargada emocionalmente sin evaluación cognitiva de la situación.
Estímulo elicitor	Moyer (1968)	<i>Agresión Predatoria</i>	Por la presencia de una presa natural.
		<i>Agresión inducida por el miedo</i>	Por el confinamiento o acorralamiento y la incapacidad de escapar.
		<i>Agresión inducida por irritabilidad</i>	Por la presencia de cualquier organismo atacable en el medio, y reforzada por la frustración, la privación o el dolor.
		<i>Agresión Territorial</i>	Por la defensa de un área frente a un intruso.
		<i>Agresión Maternal</i>	Por la presencia de algún agente amenazador para las crías de la hembra, incluidas otras madres de la prole y la ejercida contra los propios pequeños.
		<i>Agresión Instrumental</i>	Tendencia a comportarse agresivamente cuando en el pasado esta conducta ha sido particularmente reforzada.
		<i>Agresión entre machos</i>	Por la presencia de un competidor masculino de la misma especie.

¹ Cold-blooded² Hot-blooded

TABLA 2. Clasificaciones de las conductas agresivas (continuación)

Criterio de clasificación	Autor/es	Tipología	Descripción
Signo	Ellis (1976); Blustein (1996)	<i>Agresión Positiva</i>	Agresión saludable, productiva, que promueve los valores básicos de supervivencia, protección, felicidad, aceptación social, preservación y las relaciones íntimas.
	Moyer (1968); Bandura (1973); Atkins et al. (1993)	<i>Agresión Negativa</i>	Agresión que conduce a la destrucción de la propiedad o el daño personal a otro ser vivo de la misma especie. No es saludable porque induce emociones dañinas para el individuo a largo plazo.
Consecuencias	Mosby (1994)	<i>Agresión Constructiva (Apropiada, Autoprotectora)</i>	Acto o declaración en respuesta a una amenaza para protegerse de la misma.
		<i>Agresión Destructiva</i>	Acto de hostilidad hacia un objeto u otra persona, innecesario para la autoprotección-autoconservación.
Función	Wilson (1980)	<i>Agresión territorial</i>	Para defender el territorio.
		<i>Agresión por dominancia</i>	Para establecer niveles de poder, una jerarquía de prioridades y beneficios.
		<i>Agresión sexual</i>	Para establecer contacto sexual.
		<i>Agresión parental disciplinaria</i>	Para enseñar conductas y establecer límites a los menores por los progenitores.
		<i>Agresión protectora materna</i>	Para defender al recién nacido.
		<i>Agresión moralista</i>	Formas avanzadas de altruismo recíproco pueden dar lugar a situaciones de sutil hostilidad o abierto fanatismo.
		<i>Agresión predatoria</i>	Para obtener objetos.
		<i>Agresión irritativa</i>	Inducida por el dolor o por estímulos psicológicamente aversivos.

A continuación se resumen brevemente diversas clasificaciones propuestas en la literatura:

- Según su modalidad o naturaleza, diferentes autores distinguen entre la *Agresión Física* y la *Agresión Verbal* (Buss, 1961; Pastorelli, Barbarelli, Cermak, Rozsa y Caprara, 1977; Valzelli, 1983), si bien otros autores proponen la modalidad *Agresión Social* como opuesta a la física (Galen y Underwood, 1997).
- Según la relación interpersonal o el desplazamiento de la agresión, diversos autores han apuntado la existencia de dos modalidades: *Agresión Directa o Abierta* y *Agresión Indirecta o Relacional* (Buss, 1961; Valzelli, 1983; Lagerspetz et al., 1988; Björkqvist et al., 1992; Crick y Grotpeter, 1995; Grotpeter y Crick, 1996). El término agresión “indirecta” fue empleado por Björkqvist y sus colaboradores (Björkqvist, Lagerspetz y Kaukiainen, 1992; Björkqvist, Osterman y Kaukiainen, 1992) para describir conductas socialmente “manipuladoras”, como propagar comentarios envidiosos acerca de una persona, hacerse amigo de alguien como forma de revancha, o hacer que a otros no les agrade un individuo. Esta conceptualización es similar a lo que Crick y sus colegas han denominado agresión “relacional” (Crick, 1995; 1996; Crick y Grotpeter, 1995), la cual también implica la manipulación en las relaciones con los iguales, si bien mientras la agresión indirecta es cubierta en naturaleza, la relacional puede ser ambas, cubierta y abierta.
- Según la motivación que conduce a la agresión, encontramos la clasificación *Agresión Hostil* y *Agresión Instrumental* (Feshbach, 1970; Atkins et al., 1993; Kassiove y Sokhodolsky, 1995). Para Kassiove y Sokhodolsky (1995), la modalidad “hostil” estaría motivada por la ira, a través de la hostilidad, mientras la “instrumental” lo estaría por el obstáculo que se interpone entre el agresor y su meta.

Berkowitz (1996) añade la modalidad *Agresión Emocional*, empleada en ocasiones como sinónimo de agresión hostil. Sin embargo, existen diferencias entre ambos conceptos: en la agresión emocional no es el estresor externo en sí mismo el que la elicit, como en la agresividad hostil, sino el afecto negativo activado por dicho estresor el que produce las tendencias agresivas y la ira experimentada.

- Según su clasificación clínica, múltiples autores clasifican la agresión en *Pro-activa*, también denominada predatoria, instrumental, ofensiva, controlada o en frío², y *Reactiva*, término proveniente del modelo de frustración-agresión (Dollard, Doob, Miller, Mowrer y Sears, 1939; Price y Dodge, 1989), también conocida como afectiva, impulsiva, defensiva, incontrolada o en caliente³ (Dodge y Coie, 1987; Melloy, 1988; Price y Dodge, 1989; Dodge, 1991; Day, Bream, y Paul, 1992; Pulkkinen, 1996; Dodge, Lochman, Harnish y Bates, 1997; Scarpa y Raine, 1997; Viatro, Gendreau, Tremblay y Oligny, 1998; Raine et al., 2004).

Para algunos autores existirían dos subtipos incluidos dentro de la agresión proactiva, la agresión instrumental, orientada hacia la posesión de objetos, y el bullying, que consistiría en el acoso orientado hacia el dominio y el control de los iguales.

- Según el estímulo que elicit la agresión, Moyer (1968) clasificó las conductas agresivas de los animales, si bien esta tipología puede aplicarse a numerosas conductas humanas de carácter agresivo, de la siguiente manera: *Predatoria*, *Inducida por el miedo*, *Inducida por irritabilidad*, *Territorial*, *Maternal*, *Instrumental* y *Entre machos*. Esta clasificación enfatiza cómo la agresión posee una naturaleza dependiente del contexto, así como la diversidad de situaciones que la eliciten.
- Según el signo que se le atribuye a la agresión, autores como Ellis (1976) y Blustein (1996) apuntaron las modalidades *Agre-*

² Cold-blooded

³ Hot-blooded

sión Positiva y Agresión Negativa. La primera, a diferencia de la segunda, permitiría construir la autonomía y la identidad (Gupta, 1983; Romi y Itskowitz, 1990) y ayudaría a los individuos a implicarse en actividades cooperativas y competitivas con los compañeros. Así mismo, canalizada en la dirección adecuada, fomentaría la asertividad, la dominancia y la independencia y posibilitaría alcanzar conocimientos acerca del ambiente y de uno mismo, así como defenderse contra amenazas externas (Jack, 1999).

- Según la finalidad última de la agresión, Mosby (1994) realizó la siguiente tipología: *Agresión Apropiada*, también denominada *Autoprotectora* o *Constructiva* y *Agresión Destructiva*.
- Según la función de la agresión, Wilson (1980), desde la sociobiología, elaboró una clasificación similar a la de Moyer, con las siguientes modalidades: *Territorial*, *Por dominancia*, *Sexual*, *Parental disciplinaria*, *Protectora maternal*, *Moralista*, *Predatoria* e *Irritativa*.

Existen muchas otras tipologías de la agresión, mucho menos desarrolladas, basadas en criterios muy diversos, como el *grado de control* que se posee sobre ella (Controlada vs Impulsiva), el *objeto* a quien se dirige (Heteroagresión vs Autoagresión), el grado de *activación implicada* (Activa vs Pasiva) o el *sexo del agresor* (Masculina vs Femenina), entre otros.

Hacia una comprensión de la agresión: modelos explicativos

La agresividad ha sido explicada desde aproximaciones teóricas diferentes que han ido desde la biológica o la antropológica a la psicológica.

Modelos instintivos

- **Aproximación evolucionista: etología y sociobiología**

Las teorías evolucionistas consideran que la agresividad es un producto natural, consustan-

cial al ser humano, y que, como otras conductas, tendría sus bases en la filogenia. De este modo, las conductas agresivas humanas se darían análogamente a las presentadas por los animales. Dentro de esta aproximación podemos diferenciar una perspectiva etológica y otra perspectiva sociobiológica:

Perspectiva Etológica

Los etólogos interpretan el comportamiento agresivo, tanto animal como humano, dentro del proceso de selección natural, el cual evolucionó al servicio de diversas funciones, de ahí su carácter funcional. Dicho comportamiento descansa en adaptaciones filogenéticas de base fisiológica, que cambian de una especie a otra, como las secreciones hormonales, especialmente de testosterona, los impulsos nerviosos centrales y otras variables genéticas, como la selección de machos fuertes y sanos, idóneos para la reproducción y el cuidado de la prole.

Según la función a la que sirvan, los etólogos han identificado diversas formas de conducta agresiva, entre ellas las siguientes: predatoria, afectiva, entre machos, irritable, de defensa territorial, maternal, instrumental y de fuga.

Desde la perspectiva etológica se han dividido los comportamientos agresivos en dos grupos:

- **Agresión Intra específica:** entre individuos de una misma especie, motivada por un exceso de impulso (agresión hiperestésica), o por la posesión de territorios, la búsqueda de compañera sexual o ante la falta de fuentes de alimentación (agresión taxógena); Esta última conduciría a la evolución de la especie y permitiría sobrevivir a los más fuertes.
- **Agresión Inter específica:** lucha por el territorio ante individuos semejantes. Esta modalidad es la característica del ser humano.

Para Tinbergen (1951) el hombre, dentro de la escala evolutiva, habría superado su propia escala genética, de modo que apenas responde a los estímulos agresivos como lo hacía en el pasado, o como lo hacen otras especies, principalmente por parte de los machos. Esto se debe a

que, aunque la agresión humana es un impulso primario, a través de la evolución, la energía "agresiva" habría sufrido momentos decisivos de neutralización, transformación, canalización y desplazamiento hacia diversos objetivos.

Una de las teorías etiológicas de la agresión más populares es "El Modelo Termohidráulico" de K. Lorenz (1963), desarrollado en su libro "Sobre la agresión, el pretendido mal". Desde este modelo, se considera que la motivación que determina el inicio de la "agresión", depende de la acumulación de una cierta cantidad de energía de acción específica, que combinándose con los estímulos adecuados, puede desencadenar la conducta agresiva concreta. El modelo operaría como un depósito de cabida energética limitada, que daría lugar a conductas agresivas debido al cúmulo de energía retenida o por estímulos denominados clave o "disparadores". Según esta perspectiva, a mayor tiempo transcurrido desde la última descarga, mayores probabilidades de que la acción vuelva a tener lugar, con independencia de los estímulos presentes. Una vez disipada la energía, el animal se relaja y el depósito se vacía en cierta medida. Si un animal acumula demasiada energía agresiva y no puede desahogarse con sus enemigos, escogerá un individuo cualquiera, incluso una cría, un objeto de reemplazo o el vacío, y se ensañará, descargando dicha energía. Como se puede apreciar, la energía se podría sublimar pero no se puede eliminar.

Según Lorenz, la única defensa que posee el hombre contra sus impulsos internos, instintivamente destructivos, heredados genéticamente de nuestros ancestros, así como contra el medio externo que lo inhibe, y le causa frustraciones, es la agresividad. De ahí se concluye que la agresividad es un mecanismo de adaptación que permite al hombre competir por recursos escasos, y en última instancia, por su supervivencia.

Perspectiva Sociobiológica

Desde la sociobiología, inaugurada por E. Wilson (1980), se considera que todos los comportamientos humanos pueden ser explicados por la biología junto con la interacción social. Se trata de un modelo interaccionista que considera que el potencial genético, lo innato, está

íntimamente relacionado con el aprendizaje, el cual permite que los rasgos o predisposiciones se desarrollen en un ambiente específico.

Dentro de esta perspectiva, se considera que la conducta agresiva es, por una parte, aprendida, especialmente en sus formas más peligrosas de ataque criminal y acción militar, pero que existe una fuerte predisposición subyacente a dicho aprendizaje, a caer en una profunda hostilidad irracional bajo ciertas condiciones definibles, de tal manera que cada contexto llevaría asociada una probabilidad de respuesta. De hecho, se ha contrastado la predisposición de los seres humanos a responder con odio irracional a amenazas exteriores, así como a incrementar su hostilidad para dominar la fuente de dichas amenazas.

Los pilares de la concepción sociobiológica de la agresión humana son los siguientes:

- La agresión humana es adaptativa para la supervivencia y la reproducción del individuo, es decir, para su selección, siempre que no se supere el "nivel óptimo" de agresividad, por encima del cual, la eficacia individual descende, poniéndose en peligro la propia vida. Desde ese punto de vista, los seres humanos serían innatamente agresivos, lo que se traduciría en diferentes comportamientos que afectarían a la territorialidad, a las relaciones con el otro sexo, al intento de dominio del grupo y a la manera de resolver los conflictos.
- La agresión entre humanos es un fenómeno de "competencia", tanto por los recursos limitados como por los de carácter sexual.
- El término "selección" empleado desde la sociobiología no se refiere a los organismos, como en la concepción darvinista, sino a los comportamientos transmitidos hereditariamente por medio del código genético. Denota la primacía o refuerzo de aquellos comportamientos o códigos adecuados al medio, mientras se castigan o eliminan los que no lo son.

Aproximación dinámica

Desde la perspectiva psicoanalítica clásica, la agresión es entendida como una expresión

del instinto de muerte (Tánatos) al servicio del Eros. Si este instinto es dirigido hacia el interior se desarrolla depresión y si lo es al exterior, se elicitaba agresividad. En un principio, Freud estableció que el instinto sexual era el componente primario de la agresividad; posteriormente, admitió que ésta no sólo procedía del instinto sexual sino también de los instintos del yo en su lucha por conservarse y defenderse. Desde esta perspectiva, el individuo derivado del narcisismo primario mostraría una tendencia a autodestruirse, lo que Freud denominará *masoquismo*, fruto de la interiorización de la energía libidinal. Más tarde, esta libido será dirigida hacia el objeto externo derivado del narcisismo secundario, lo que Freud denominará *sadismo*.

En su ensayo de 1930, *el Malestar en la Cultura*⁴, Freud expone que la agresión, originariamente surgida de las tendencias instintivas, es introyectada por efecto de la cultura y del proceso de socialización, y dirigida contra el propio Yo, incorporándose a una parte de éste, que en calidad de *Superyó* se opone a la parte restante, y asume la función de «conciencia» [*moral*]. La tensión creada entre el severo *Superyó* y el Yo genera el sentimiento de culpabilidad que se manifiesta bajo la forma de necesidad de castigo. El efecto de la cultura sobre las tendencias agresivas, bajo la amenaza de la pérdida del amor, hace que la autoridad sea interiorizada en el *Superyó* (instancia responsable del sentimiento de culpabilidad) el cual actuará a través del miedo y el temor a la autoridad. *El sujeto con el fin de evitar el sufrimiento y los sentimientos de culpa recurrirá a diversos mecanismos de defensa*, tales como el desplazamiento de los fines instintivos agresivos hacia objetos permitidos o la sublimación. Por otro lado, la identificación con la figura de autoridad resultante del Complejo de Edipo y el establecimiento de vínculos amorosos inhibirán las manifestaciones agresivas.

La ausencia o el déficit de cualquiera de los mecanismos de control de la agresividad (Ej. proceso inadecuado de identificación, inexistencia de vínculos, existencia de un *Superyó* deficitario, mecanismos de defensa ineficaces,

etc....) podrían explicar la manifestación crónica o descontrolada de la misma.

Para autores psicoanalíticos más recientes como Bleiberg (1994), la agresión se debe a la configuración disfuncional de la autoestructura del Yo y de los otros a lo largo del desarrollo. Esta autoestructura se caracteriza por su vulnerabilidad narcisista, por la cual la agresión es un intento por mantener inflado el sentido del Yo y la ilusión de control junto con las percepciones de invulnerabilidad. Para Willock (1986) la conducta agresiva en los niños tiene dos aspectos nucleares en su autoestructura: la *devaluación del Yo*, que se refleja en las creencias inconscientes de que son intrínsecamente repugnantes y malos, y en la indiferencia del Yo o *Yo indiferenciado*, reflejado en las percepciones inconscientes de ser incapaces de establecer o mantener relaciones significativas con los otros. La conducta agresiva sirve como una defensa contra estas creencias de desvalorización y desprecio, negando la importancia de las relaciones adoptando una identidad delictiva defensiva o proyectando su sentido de desprecio sobre los otros como medio de prevenir estados afectivos dolorosos.

Modelos biológicos

Numerosas explicaciones etiológicas de la agresión provienen de la perspectiva biológica, si bien éstas no se van a desarrollar en el presente artículo por no tratarse de modelos psicológicos. Sin embargo, a continuación se apuntan los hallazgos más destacables de los principales modelos biológicos, los cuales pueden ampliarse en la literatura especializada.

• Modelos neuroquímicos

La agresión se ha relacionado con la presencia de distintos neurotransmisores, especialmente con la *Serotonina*. Bajas concentraciones de este neurotransmisor en el cerebro (Weil-Malherbe, 1971; Persky, 1985) o una disminución de la actividad de las neuronas serotoninérgicas parecen ser la base de los comportamientos agresivos de animales y hu-

⁴ Versión empleada de Alianza (1984)

manos. Estos resultados se han encontrado, principalmente, al estudiar la actividad del receptor 5-HT, así como el efecto de ciertos agonistas de la serotonina (Kandel et al., 2001).

Recientemente se ha señalado la relación entre el incremento de la actividad del sistema dopaminérgico y las conductas agresivas en humanos (Dolan et al., 2001).

Además de con la Serotonina y la Dopamina, la agresividad se ha asociado al efecto de la Adrenalina, que la mediatizaría, el GABA, que la inhibiría y de la Acetilcolina, que parece incrementar tanto la agresión predatoria como la afectiva.

- Modelos neuroendocrinos

La agresión se ha relacionado con el efecto de las hormonas esteroideas, especialmente la testosterona, la cual juega un papel crítico en la agresión intraespecífica entre machos de diversas especies. Esto es debido a que esta hormona está íntimamente relacionada con la reproducción y el apareamiento. Diversos autores sostienen que, en humanos, el efecto de la testosterona sobre la agresividad es menos clara (Kandel et al., 2001). Sin embargo, los hallazgos que asocian la capacidad de experimentar sentimientos agresivos con la actividad gonadal masculina explicarían las mayores tasas de conductas agresivas y violentas en los varones.

A diferencia de lo que sucede con la testosterona, la actividad de los corticoesteroides y del Eje Pituitario-Adrenocortical se ha vinculado a toda conducta agresiva que no posea un carácter sexual.

- Modelos neurobiológicos

En los últimos años, la agresividad se ha vinculado a una disminución de la actividad cerebral en determinadas áreas corticales, como las pre-frontales (Drexler, Schweitzer, Quinn, Gross, Ely, Mamad y Kilts, 2000; Pietrini, Guazlelli, Basso, Jaffe y Grafmann, 2000), así como a lesiones en el córtex orbitofrontal (Blair y Cipolotti, 2000; Blair, 2001) y el gyrus parietal superior, y a ciertas anomalías en la asimetría cerebral (Raine, Buchsbaum y LaCasse, 1997).

Por otro lado, numerosos estudios destacan el papel del complejo amigdaloides en la aparición de diversas reacciones defensivas, entre los que se encuentran la ira o la agresión, y del hipotálamo, encargado de regular las funciones neuroendocrinas relacionadas con la agresión de manera muy específica, ya que tres de las regiones que lo constituyen están implicadas en tres tipos distintos de agresión: la porción lateral se ha relacionado con la agresión predatoria (lucha), la región medial se ha vinculado con la agresión afectiva (miedo) y, por último, la zona dorsal parece estar relacionada con la conducta de fuga.

Modelos del Drive o Impulso:

- Teoría de la Excitación-Transferencia⁵ (Zillman, 1979)

Ya en los años "60" diversos investigadores apuntaron cómo los estados de activación fisiológica (arousal) se transforman y dan lugar a diversas conductas, entre ellas la agresión, que nada tienen que ver con el motivo que elicita dicha excitación.

Años más tarde, D. Zillman (1979) en su Modelo de la Excitación-Transferencia, enfatizó el papel de la activación en la explicación de la agresión. Para este autor, los niveles de activación generados ante cualquier acontecimiento, pueden dar lugar a la emisión de conductas agresivas, siempre y cuando se produzcan las circunstancias propicias que las desencadenen.

Las situaciones descritas con mayor frecuencia para ejemplificar esta teoría hacen referencia al padre de familia que llega a casa tras un duro día de trabajo, el cual, ante la mínima situación de conflicto, como una pelea entre los hijos, el ladrido de su perro o el llanto de un bebé, puede emitir conductas agresivas. La emisión de estas conductas no se ha dirigido hacia la fuente original que generó su malestar en su puesto de trabajo (Excitación), sino hacia cualquier persona u objeto presente en una segunda situación (Transferencia). La secuencia es explicada de la siguiente manera: cuando una perso-

⁵ The Excitation Transfer Model of Aggression.

na experimenta excitación fisiológica (arousal), los efectos de la adrenalina que dicha excitación genera se mantienen durante un cierto periodo de tiempo, lo que se ha denominado “excitación residual”, de manera que ante la aparición de un segundo estímulo, la energía (adrenalina) del primero, aumentará la activación generada por el segundo, y dará lugar a respuestas agresivas desproporcionadas ante esta última estimulación.

– Teoría del Síndrome AHA (Spielberger, 1983)

En la explicación de la conducta agresiva, autores como Spielberger la han relacionado con las emociones o actitudes en las que ésta se fundamenta, en particular, con la ira y la hostilidad.

Bajo el epígrafe “Síndrome AHA” (Spielberger et al., 1983; 1985; Spielberger, Reheiser y Sydeman, 1995; Spielberger y Moscoso, 1996), Spielberger y sus colaboradores sitúan los constructos ira, hostilidad y agresión interrelacionados en un continuo que sigue la siguiente secuencia: Un acontecimiento genera una emoción (ira), que se ve influenciada por una actitud negativa hacia los demás (hostilidad) y puede desembocar en una acción violenta (agresión), con consecuencias también de índole negativa.

Esta secuencia, que parte del núcleo del síndrome AHA, es decir, de la ira, y conduce a la agresión, solo permite explicar la denominada agresividad “hostil” pero no la agresión “instrumental”, debido a que esta segunda no viene motivada por la ira sino, principalmente, por el obstáculo que se interpone, según el agresor, entre él y su meta (Kassinova y Sukhodolsky, 1995).

– Teoría de la frustración-agresión

Dollard, Doob, Miller, Mowrer y Sears (1939) propusieron que la agresión es una conducta que surge cuando la consecución de una meta es bloqueada o interferida, la denominada agresión instrumental. La frustración, entendida por este grupo de autores como *la interferencia en la ocurrencia de una respuesta-meta instigada en su adecuado tiempo en la secuencia de la conducta*, era la condición necesaria para que la

agresión se hiciera presente. Las situaciones de privación no inducen a la agresión salvo que éstas impidan la satisfacción de un logro esperado. La conducta agresiva estará en función de la cantidad de satisfacción que el individuo contrariado haya anticipado sobre una meta que no ha alcanzado y el grado de expectativa sobre su logro: cuanto mayor sea el grado de satisfacción frustrado y el grado de expectativa de logro, mayor será la inclinación a infringir un daño. No obstante, la agresión puede no aparecer en aquellos casos en los que el sujeto inhiba la respuesta por miedo al castigo o por una tendencia agresiva débil.

Posteriormente a este planteamiento, Miller (1941) añade una razón más por la que la frustración no siempre conduce a la agresión abierta: el desarrollo de formas alternativas para reaccionar ante la frustración. Cuando los sujetos desarrollan formas alternativas a la agresión, tales como escapar de la situación, alcanzar metas alternativas o superar los obstáculos, la tendencia agresiva queda inhibida. Sin embargo, si el impedimento continúa tras la aplicación de estas alternativas, la conducta agresiva puede aparecer. El grado con el que se impide la consecución de la meta y el número de fracasos previos afectará a la manifestación de la agresión.

– Teoría de la frustración-agresión revisada

Posteriores reformulaciones han matizado las relaciones entre frustración y agresión, mostrando que la frustración sólo induce a la agresión cuando va asociada a determinadas características, las cuales hacen más probable la aparición de un acto agresivo: a) Su carácter de *arbitrariedad, injusticia o ilegitimidad* (Pastore, 1952); b) El grado de *satisfacción anticipada* de la meta que se frustra (Worchel, 1974); y la *atribución de intencionalidad* que se hace sobre la fuente que frustra (Averrill, 1982; Weiner, Graham y Chandler, 1982).

Pastore (1952) halló, entre estudiantes, que su inclinación a agredir era mucho mayor ante situaciones frustrantes arbitrarias o injustas (Ej: Pasar un autobús tras haber esperado largo tiempo en una parada cuando el conductor claramente ha visto que estaban esperando) frente a situaciones menos arbitrarias o comprensibles (Ej: Ver llegar un autobús especial que pasa

la parada porque está fuera de servicio). Esta característica de arbitrariedad puede ser interpretada en términos de Dollard et al. (1939) por lo inesperado (grado de expectativa) que conllevan dichas situaciones.

Worchel (1974) destacó que la frustración induce mayor agresividad cuando los resultados derivados de ésta producen una mayor disparidad respecto de las gratificaciones anticipadas por su consecución. Así, los sujetos muestran mayor hostilidad ante la frustración cuando sus expectativas son las de obtener unas consecuencias altamente positivas que cuando sus expectativas son obtener logros no muy valorados. Por ello, Worchel concluía que el valor concedido a las consecuencias esperadas por el sujeto es un elemento que media entre la frustración y la agresión.

Los estudios de Averrill (1982) y Weiner et al. (1982) pusieron de manifiesto que cuando los sujetos atribuyen carácter intencional y voluntario a la frustración ocasionada, se genera un mayor grado de ira y agresión. Para Weiner et al. (1982) las atribuciones favorecer la agresividad cuando poseen cualquiera de estas tres condiciones: a) proceder de un sujeto y no del exterior; b) ser evitables o controlables; y c) son socialmente inadecuadas.

La mayoría de estos elementos de carácter cognitivo, que matizan las relaciones entre frustración y agresividad, fueron posteriormente desarrollados y ampliados desde el enfoque del procesamiento de la información con explicaciones alternativas a las formuladas hasta el momento, los cuales se comentan a continuación.

- **Aproximación conductual y desde la psicología animal**

Desde el **modelo conductual**, la **agresión** se considera una **conducta dependiente de las condiciones ambientales** que controlan su tasa de ocurrencia. La **conducta agresiva** es explicada bien por **condicionamiento clásico** o por **condicionamiento operante** a través de procedimientos, tales como la administración de estimulación aversiva, **la asociación de ésta con diversas condiciones ambientales** (objetos o personas), la extinción o disminución de la tasa de reforzamiento o el tipo de reforzamiento, positivo o negativo (Keehn, 1975; Ulrich, 1975).

- **Primera Formulación de Berkowitz (1970)**

En la primera formulación de Berkowitz sobre la **agresión**, ésta fue explicada a partir de los principios del **condicionamiento clásico**. Según su propuesta, **las respuestas agresivas constituyen una respuesta condicionada a determinados estímulos ambientales**. Desde esta teoría los observadores de conductas violentas, o agresivas, asociarían dichos comportamientos con otras experiencias violentas vividas previamente produciéndose una “generalización” del estímulo. El contenido agresivo de la conducta presente, por ejemplo, observar conductas violentas en televisión, provocaría la misma respuesta por parte del observador que le generó el estímulo violento original. Además de la exposición a determinados estímulos, es necesario que previamente los sujetos hayan sido alterados o enfadados de alguna manera. La conducta actual será más parecida a la original cuanto mayor similitud exista entre ambas situaciones o personas que las eliciten, siguiendo las leyes del aprendizaje.

La propuesta inicial de Berkowitz es ampliamente modificada en una segunda propuesta con la inclusión de elementos cognitivos que posteriormente se detallará.

Procedente de la investigación básica, los resultados hallados en el laboratorio con animales han mostrado que la inducción de dolor es un importante motivador de la agresión (Azrin, Hutchinson y McLaughlin, 1965), como lo demuestra el hecho de que la estimulación intracraneana refuerza la lucha entre pichones (Reynolds, Catania y Skinner, 1963); así mismo, la agresión, además de ser una manera de reaccionar ante la estimulación aversiva, puede convertirse en una conducta de escape y evitación, reforzada negativamente, cuando permite disminuir o erradicar la fuente evocadora de dicha aversión (Ulrich y Craine, 1964).

Entre humanos se han contrastado también estos principios de origen y mantenimiento de la conducta agresiva, especialmente en el campo de la modificación de conducta. Un ejemplo de ello son los trabajos que muestran cómo la agresión aumenta contingentemente con la atención recibida, la consecución de logros o la evitación de situaciones aversivas (Pinkston, Reese, Le-

blanc y Baer, 1973; O'Leary y O'Leary, 1977; Shapiro y Kratochwill, 2000). El estudio de los programas de reforzamiento a los que la conducta agresiva está sometida y los procedimientos para su abordaje constituyen otro ejemplo (Graciano y Moonin, 1984; Kazdin, 1988; Rutter, Giller y Hagell, 1999).

Aproximación cognitiva

– Aproximación Cognitiva Neoasociacionista

Leonard Berkowitz (1983; 1989; 1990; 1993) propone un nuevo modelo por el que la agresividad, a la que denomina *agresión aversivamente estimulada* es el resultado del afecto negativo producido por la experiencia de un suceso o acontecimiento desagradable. Su tesis se fundamenta en dos grupos de estudios previos relacionados con la inducción de dolor en animales, y con las reacciones irascibles y agresivas en humanos ante situaciones incómodas. Los primeros estudios, encontraron que la inducción de dolor en animales genera bien una huida para escapar del estímulo nocivo que lo provoca o una conducta agresiva encaminada a defenderse e intentar destruirlo (Ulrich, 1966). Los segundos, están relacionados con situaciones incómodas, tales como altas temperaturas, ambientes cargados de humo, ambientes con olores fétidos o situaciones de elevado estrés social. En ellos se halló que las personas inmersas en tales situaciones experimentaban una reacción de irritabilidad e irascibilidad que les inducía a infringir daño a otro (Landau y Raveh, 1987; Anderson, 1989). De acuerdo con estos experimentos, Berkowitz mantiene que la agresión aversivamente estimulada procede de los acontecimientos aversivos y que no es sólo una respuesta encaminada a eliminar o reducir la estimulación desagradable, sino que además, es una reacción emocional dirigida a infligir daño a un blanco neutro ajeno a la causa del daño. El papel de la frustración era para él un suceso aversivo más, capaz de producir una reacción emocional intensa que conduce a la agresión emocional. La agresión emocional, para Berkowitz, se caracterizaba por su inclinación a hacer daño en sí mismo, mientras que la agresión instrumental se caracterizaba por el uso de ésta como instrumento para la obtención de determinadas consecuencias (Berkowitz, 1989).

El modelo explicativo de la conducta agresiva para Berkowitz podría quedar representado en la siguiente secuencia: un acontecimiento aversivo genera un afecto negativo o sentimiento desagradable que, por su vinculación con pensamientos, recuerdos, reacciones expresivo motoras y otras emociones negativas asociadas a una tendencia de lucha, generan finalmente un sentimiento de ira rudimentario, que finalmente, produce la ira y las inclinaciones conductuales agresivas, consistentes bien en arremeter contra un blanco disponible o bien en la urgencia de herir a alguien. Si el sentimiento derivado del afecto negativo da lugar a un sentimiento de temor rudimentario, fruto de las asociaciones a pensamientos, recuerdos o reacciones expresivo motoras correspondientes a una tendencia de huida, el resultado en lugar de la ira y la agresión sería el terror y sus inclinaciones conductuales de escape.

Sobre esta secuencia básica, Berkowitz (1993) realiza diversas precisiones que completan su modelo:

- a) Las emociones son entendidas desde el modelo de red (*network model*) de la emoción por el cual cada emoción está conectada a un conjunto de sentimientos, reacciones expresivo-motoras, pensamientos y recuerdos. La activación de cualquiera de ellos tenderá a activar cada uno de los componentes de la red proporcionalmente a su grado de asociación. La aparición de un recuerdo o un pensamiento aversivo activará el conjunto de emociones asociadas de similar valencia que pueden estar dirigidos a un blanco específico o pueden permanecer como un estado general y difuso. Por tanto, las respuestas ideacionales, fisiológicas y expresivo-motoras son la base de la experiencia emocional.
- b) Las cogniciones juegan un papel relevante en el modelo de Berkowitz. Las interpretaciones del suceso activador, las valoraciones, atribuciones, ideas o creencias están semánticamente relacionados entre sí y se vinculan, además, con la memoria, los sentimientos y las reacciones expresivo-motoras de manera que pueden actuar como activadores o inhibidores de la conducta agresiva.

- c) La probabilidad de que el afecto negativo conduzca a una agresión abierta dependerá de tres factores: 1) la intensidad de la actividad interna: a medida que el grado de intensidad emocional es mayor, aumenta la probabilidad de emitir una agresión; 2) la disponibilidad de un blanco determinado que posibilite la descarga de las tendencias agresivas facilitando la aparición de éstas; 3) el autocontrol derivado de las restricciones morales, las normas sociales, el grado de impulsividad y el grado de conocimiento de las emociones propias que determinan la aparición de la conducta agresiva abierta.
- d) Las manifestaciones agresivas no sólo están originadas por una emoción interna negativa, también son evocadas por estímulos o señales externas que tienen un significado agresivo para el agresor, tales como armas, personas específicas, imágenes, objetos o cualquier estímulo asociado a sucesos desagradables. Estas señales externas pueden propiciar un estado emocional negativo o pueden activar directamente, o de forma más automática, la respuesta agresiva.
- e) La intensidad del afecto negativo depende de la herencia genética, de la historia de aprendizaje del sujeto y del contexto en el que la emoción aparece.

- Teoría Social- Cognitiva de Bandura

La Teoría Social Cognitiva de Bandura (1973; 1986) constituye uno de los principales modelos explicativos de referencia de la agresión humana. Desde esta teoría Bandura defiende el origen social de la acción y la influencia causal de los procesos de pensamiento sobre la motivación, el afecto y la conducta humana. La conducta está recíprocamente determinada por la interacción de factores ambientales, personales y conductuales. Entre los factores cognitivos, juegan un papel central los procesos vicarios, la autorregulación y la autorreflexión.

En su explicación de la conducta agresiva, Bandura (1975) asume en gran medida las aportaciones procedentes de la aproximación conductual pero introduce los elementos mencionados como aportaciones novedosas. Desde su

análisis del aprendizaje social de la agresión, diferencia tres tipos de mecanismos, los cuales se describen a continuación:

a) Mecanismos que originan la agresión

Entre estos mecanismos destacan el aprendizaje por observación y el aprendizaje por experiencia directa.

Las influencias de modelos familiares y sociales que muestren conductas agresivas y otorguen a éstas una valoración positiva serán, junto con los modelos procedentes de los medios de comunicación o los modelos simbólicos transmitidos gráfica o verbalmente, los responsables de que la agresión se moldee y propague. El modelo será más eficaz si están presentes otras condiciones que lleven al observador a imitarlo, tales como que el observador esté predispuesto a actuar de forma agresiva y que el modelo sea reconocido como figura importante y significativa.

La experiencia directa del sujeto proporcionará determinadas consecuencias en su ambiente (recompensas y castigos) que podrán instaurar estas conductas. Ambos tipos de aprendizaje, para Bandura, actúan conjuntamente en la vida diaria, las conductas agresivas se aprenden en gran parte por observación, y posteriormente, se perfeccionan a través de la práctica reforzada.

b) Mecanismos instigadores de la agresión

Además de la mera exposición a los modelos agresivos, que tienen en sí mismo un efecto instigador, intervienen otros procesos tales como la asociación del modelado con consecuencias reforzantes (función discriminativa), la justificación de la agresión por el modelo como socialmente legítima (función desinhibitoria), la aparición de activación emocional y la aparición de instrumentos o procedimientos específicos para propiciar un daño (Ej: Uso de armas).

La experiencia de un acontecimiento aversivo, tales y como una frustración, una situación de estrés, un ataque físico, amenaza o insulto, una pérdida de reforzadores o el impedimento de una meta.

Las expectativas de reforzamiento o las recompensas esperadas si la conducta agresiva es emitida.

El *control instruccional* mediante órdenes que obliguen o manden a agredir.

El *control ilusorio* provocado por creencias ilusorias, alucinaciones o mandato divino.

c) Mecanismos mantenedores de la agresión

Estos mecanismos se refieren al **reforzamiento externo directo** (Ej: recompensas materiales o sociales, disminución de una estimulación aversiva), el reforzamiento vicario y el autorreforzamiento. Bandura destaca también un conjunto de mecanismos de carácter cognitivo que denomina *neutralizadores de la autocondenación por agresión*, que actúan como mantenedores, entre los que recoge: la atenuación de la agresión mediante comparaciones con agresiones de mayor gravedad, justificación de la agresión por principios religiosos, desplazamiento de la responsabilidad (otros ordenan realizar la agresión), difusión de la responsabilidad (responsabilidad compartida), deshumanización de las víctimas, atribución de culpa a las víctimas, falseamiento de las consecuencias y desensibilización graduada (por exposición graduada repetida a situaciones violentas). En estudios posteriores Bandura encuentra que estos mecanismos de disuasión moral no promueven directamente la agresión sino que la facilitan disminuyendo la culpa, la conducta prosocial y la ideación de emoción-arousal (Bandura, Barbaranelli, Caprara y Pastorelli, 1996).

La propuesta de Bandura ha sido en gran medida utilizada para explicar los efectos de la exposición a la violencia, bien en el seno de una familia agresiva (*hipótesis de la transmisión intergeneracional*) bien a través del visionado de imágenes violentas procedentes de los medios audiovisuales, que además de ofrecer un modelado (aprendizaje vicario) ejerce una desensibilización a la violencia (*hipótesis de la desensibilización*).

Aunque el aprendizaje vicario es hoy ampliamente aceptado, la exposición a la violencia es discutida desde una perspectiva intergeneracional (Jonson-Reid, 1998; Stith, Rosen y Middleton, 2000). Aunque crecer en una familia violenta es un riesgo para el desarrollo de la violencia posterior, la probabilidad de que esta circunstancia acontezca es pequeña, y se ve amor-

tiguada por otras variables como la presencia de una figura de apoyo en la infancia, la participación en alguna actividad terapéutica, la estabilidad y el apoyo emocional, ser mujer, no tener antecedentes clínicos y haber sido sólo testigo de la violencia en lugar de víctima.

- Modelo del Déficit en el Procesamiento de la Información

A partir de los años 80, un conjunto de trabajos enmarcados dentro del enfoque del procesamiento de la información arrojan numerosos datos empíricos que intentan explicar la conducta agresiva. La mayoría de sus resultados coinciden en explicarla como una respuesta generada por los déficits en el procesamiento de la información. Desde esta aproximación se ha hipotetizado que las deficiencias en los mecanismos del procesamiento cognitivo son hipotetizados como los principales responsables de una resolución ineficaz del afrontamiento de los problemas cotidianos (D'Zurilla y Goldfried, 1971; Weiner, 1985; Dodge y Coie, 1987; Huesman, 1988; Dodge y Crick, 1990; Crick y Dodge, 1994).

Diversos factores emocionales, fisiológicos, conductuales, sociales y constitucionales están implicados en la instalación de particulares estructuras de memoria socio-cognitivas (Crick y Dodge, 1994) o guiones (Huesmann y Eron, 1989), que proveen un procesamiento específico y un uso determinado de estrategias de solución de problemas. Las dificultades en los procesos de búsqueda de estrategias adecuadas (Crick y Dodge, 1994), la accesibilidad o disponibilidad de determinada información en la memoria a largo plazo (Huesmann, 1988) o la dificultad en la atención dividida para el uso de procesos simultáneos en el procesamiento de la información social, han sido algunos de los mecanismos explicativos propuestos que fundamentarían un procesamiento erróneo entre los sujetos agresivos.

Pakaslahti (2000) recopila los principales hallazgos en cada una de las fases del procesamiento, que diferencian a los niños agresivos de los no agresivos:

- En la fase 1, *orientación hacia el problema social*, los sujetos agresivos codifican inadecuadamente la situación social y las

señales internas. Por ejemplo, los niños agresivos indagan mucho menos sobre los hechos en una situación social y prestan menos atención a las señales del ambiente que los niños no agresivos.

- En la fase 2, *interpretación y análisis de la situación*, se han detallado las siguientes características en el procesamiento de los niños agresivos frente a los no agresivos: a) hacen un análisis de la situación de acuerdo con sus experiencias pasadas en situaciones similares más que sobre los hechos concretos de la situación actual; b) realizan un mayor número de atribuciones hostiles y de intencionalidad al contrincante o interlocutor y, c) realizan un menor número de inferencias sobre los resultados de la situación.
- En la tercera fase, *formulación de una meta*, los adolescentes agresivos son más propensos a formular metas hostiles, tales como la dominancia o la venganza, independientemente del sesgo de intencionalidad, y experimentan una mayor frustración ante la interferencia o no consecución de las metas deseadas.
- En la cuarta fase, *generación de estrategias para resolver y manejar el problema*, los niños agresivos generan un mayor número de estrategias agresivas, pragmáticas, impulsivas o destructivas. Los niños no agresivos, generan un mayor número de estrategias y son capaces de imaginar un mayor número de soluciones alternativas a una situación conflictiva.
- En la quinta fase, *evaluación de la estrategia más adecuada para resolver el conflicto*, aparecen dos grupos de diferencias: una en relación con los estándares internos (normas morales, valores, creencias) y otra en relación con sus estrategias de afrontamiento. En cuanto a la primera, los niños agresivos consideran las estrategias agresivas menos reprobables desde el punto de vista moral y actitudinal que los niños no agresivos, aprueban más favorablemente la conducta agresiva y piensan que las víctimas no sufren y merecen lo que se les hace. En cuanto a la segunda, los niños

agresivos esperan conseguir mayores recompensas si utilizan estrategias agresivas, así como un mayor incremento de su autoestima y una reducción del trato averoso por parte de los otros. Además anticipan menores consecuencias negativas derivada de sus actos, sólo consideran las consecuencias a corto plazo y se perciben más autoeficaces en el manejo de actos agresivos para la consecución de sus deseos. A esto hay que añadir su consideración de las conductas agresivas como actos más difíciles de inhibir que las acciones prosociales y de menor coste y esfuerzo.

- Finalmente, en la sexta y última fase del procesamiento, la *ejecución conductual de la estrategia mejor evaluada*, los niños agresivos ejecutan y emplean, en consonancia con el procesamiento previo, estrategias conductuales agresivas.

En la dinámica de este funcionamiento, aunque aún sin demasiado apoyo empírico, Pakaslahti (2000) sugiere que posiblemente los procesos de retroalimentación entre fases, los cuales permiten regresar a pasos anteriores o revisar fases previas del procesamiento para obtener nueva información, pudieran estar afectados en los sujetos agresivos. Posiblemente, estos sujetos sean menos propensos a realizar los circuitos de *feed-back* entre las fases del procesamiento, propio de los sujetos no agresivos.

- Modelo de Huesmann

Huesman propone la *Hipótesis del Guión* (Huesmann, 1988; Huesmann y Miller, 1994) para explicar la influencia de las imágenes violentas procedentes de la televisión sobre la conducta agresiva. Los guiones (*scripts*) son interiorizados desde la infancia temprana a modo de programas cognitivos que regulan y organizan las respuestas del sujeto ante determinadas situaciones. Al principio de su instauración, estos guiones son procesos controlados conscientemente, y posteriormente, se automatizan a medida que el niño madura, tornándose cada vez más resistentes. Los mecanismos de adquisición e interiorización de estos guiones son tanto el aprendizaje por observación como por experiencia, permitiendo la conexión con otros elementos de los esquemas cognitivos del niño.

Para que un guión se constituya son necesarias las siguientes condiciones:

- 1) Que los eventos ocurran en el ambiente
- 2) Que las personas puedan comportarse en respuesta a esos eventos
- 3) Que la emisión de las respuestas resulten con la probabilidad esperada y deseada.

Para Huesmann (1986) la televisión proporciona personajes violentos con los que el niño se identifica y de quienes aprende estrategias agresivas para la solución de conflictos. Estas estrategias son ensayadas en su imaginación en forma de fantasías, lo que permite una mejor incorporación a su memoria y el correspondiente recuerdo de las mismas. En situaciones reales de conflicto estas conductas agresivas son fácilmente recordadas, puestas en práctica y reforzadas por el ambiente, lo que permite la instauración de las mismas. Los efectos negativos de la conducta agresiva a largo plazo (pobre rendimiento académico, déficit en habilidades sociales y rechazo de los iguales) producirán elevados niveles de frustración que retroalimentará la agresión. Se trata pues de un modelo circular en el que tanto las cogniciones como el reforzamiento de la conducta contribuyen a explicar las manifestaciones agresivas.

Los estudios previos a los años noventa, que investigaron la influencia de los medios de comunicación y la conducta agresiva, procedentes tanto de los trabajos de Bandura, como de los estudios de laboratorio y de otros tantos realizados en contextos naturales (Baron y Richardson, 1994; Kirsh, 2003), generaron controvertidos resultados. Si bien parecía que la observación de escenas violentas se asociaba claramente con un aumento de la conducta agresiva, la magnitud de su influencia quedaba por precisar. Recientes trabajos relacionados con la violencia en los videojuegos han mostrado que aumentan la conducta agresiva (Anderson y Bushman, 2001; Sherry, 2001) pero su efecto es reducido y parece depender del contenido del mismo (mayores efectos para escenas de violencia humana y fantasía) y el tiempo empleado en el juego (mayores efectos en juegos breves) (Sherry, 2001). Browne y Hamilton-Giachritsis (2005) encuentran, en su revisión sobre esta materia, que la violencia en los me-

dios incrementa la agresividad y el miedo en los niños; sin embargo, los resultados no son consistentes en algunas muestras (niños de más edad, adolescentes y chicas) cuando los efectos de la violencia observada son evaluados a largo plazo.

Modelos de dinámica familiar y agresión

La familia constituye el primer contexto de socialización del niño, dónde aprenderá a interaccionar con otras personas y adquirirá las conductas y patrones de interacción que le permitirán acceder al mundo social. El estudio de los hábitos de crianza empleados por la familia, junto con las relaciones afectivas instauradas entre los cuidadores y el niño, han generado diversas hipótesis sobre el origen y el desarrollo de las manifestaciones agresivas en el niño. Algunos de los principales modelos y aportaciones surgidos de este ámbito se exponen a continuación.

– Modelo de la Coerción de Patterson

Patterson (1982; 1986) muestra la importancia que tiene el uso de los patrones coercitivos de los cuidadores en la aparición de la conducta agresiva. Los patrones coercitivos son intercambios interactivos entre el cuidador y el niño a través de los que cada uno de ellos intenta contener o impedir el deseo del interlocutor e imponer el suyo propio dando lugar a una escalada entre ambos, lo cual es reforzada positiva y negativamente. La falta de aptitud parental en el manejo de las conductas problema (Ej: amenazas, bofetadas, gritos, pautas inconsistentes) y el reforzamiento positivo y negativo de la escalada coercitiva entre el niño y el cuidador son los principales mecanismos explicativos de este patrón interactivo. El origen de la escalada se inicia ante una conducta inadecuada del niño (Ej: comportamiento disruptivo, una respuesta de desobediencia, etc.) ante la que el cuidador responde con una conducta coercitiva para intentar reestablecerla. Ante la imposición del cuidador, el niño responde agresivamente para imponer su deseo, a lo que el cuidador nuevamente actúa en escalada con una imposición mayor que reiteradamente es

respondida agresivamente por el niño, quien finalmente logra, por una parte, hacer desaparecer la conducta aversiva del cuidador, por lo que la conducta agresiva y en escalada del niño es reforzada negativamente, y por otra, el niño consigue hacer su voluntad, con lo que su conducta es también reforzada positivamente. La gran trampa de la escalada entre el niño y el cuidador es que éste es reforzado negativamente también cuando cede al deseo del niño y éste cesa su conducta aversiva de escalada. Por tanto, adulto y niño, están siendo mutuamente reforzados por reforzamiento negativo (Paterson, 1982; Patterson, DeBaryshe y Ramsey, 1989). Los cuidadores dejarán de hacer demandas o peticiones al niño cuando éste reaccione de forma violenta o agresiva y el niño, dado los buenos resultados obtenidos por su conducta, llegará a ser cada vez más agresivo. La repetición de este patrón interactivo, originado en el contexto familiar, se generalizará al contexto escolar y a las interacciones entre iguales, cuyas consecuencias serán el rechazo de sus compañeros, el bajo rendimiento académico, el descenso de la autoestima y la implicación con otros iguales problemáticos entre los que la conducta coercitiva será valorada y reforzada (Patterson, 1986). Más recientemente, Eddy, Leve y Fagot (2001) replican el modelo Coercitivo de Patterson. Sus resultados muestran que los datos se ajustan al modelo de forma similar tanto en chicos como en chicas y, consecuentemente, los procesos de coerción se aplican similarmente a ambos sexos.

- Modelo del desarrollo de la conducta agresiva de Olweus (1980)

La conducta agresiva, según Olweus (1980), puede estar causada por dos vías: una de ellas procede del temperamento difícil del niño y la otra del rechazo materno hacia éste. Si el temperamento de un niño es excesivamente activo e impetuoso las madres suelen ceder y rendirse ante sus exigencias, lo que resulta en un manejo permisivo y consentido de las conductas demandantes del niño que aumenta la probabilidad de que el niño se comporte de forma agresiva. A veces, independientemente del temperamento infantil, las madres muestran sentimientos negativos y de rechazo al niño que se traducen en una disciplina severa y autorita-

ria, que para Olweus también aumentaría la conducta agresiva en el niño. De los cuatro precursores que este autor propone (temperamento difícil, actitudes maternas negativas hacia el niño, disciplina autoritaria y disciplina permisiva), los mayores efectos causales venían de las actitudes permisivas de la madre y las actitudes de rechazo. Cuando los niños poseían madres poco interesadas por ellos, frías e incapaces de poner límites a las conductas agresivas, los niños tenían una alta probabilidad de ser agresivos durante la adolescencia.

- Modelos centrados en los hábitos de crianza

Aunque Patterson fue uno de los primeros autores, junto con Olweus (1980), en proponer un modelo específico para la conducta agresiva centrado en la interacción entre padres e hijos, otros muchos autores coetáneos e incluso previos a él, ya avanzaron las relaciones entre este tipo de conducta y los hábitos de crianza (McCarthy, 1974). Exponer cada una de estas propuestas excedería el objetivo de este artículo, por lo que se mencionaran las aportaciones que a nuestro juicio han sido más relevantes.

Del estudio de los hábitos de crianza y los estilos educativos de los padres se han relacionado con la conducta agresiva, entre otras, las siguientes variables: el rechazo de los padres (especialmente de la madre), la falta de apoyo o las pobres relaciones afectuosas (Hanson, Henggeler, Haefele y Rodick, 1984), el uso de estrategias punitivas en el control de la conducta del niño (Olweus, 1980; Eron y Huesmann, 1984; Gershoff, 2002), la falta de supervisión e inconsistencia (Patterson y Stouthamer-Loeber, 1984; Paschall, Ringwalt, y Flewelling, 2003) y una comunicación deficitaria (O'Connor, 2002).

- Modelo del Apego

Bowlby (1969; 1973; 1980) hipotetizaba que las experiencias interpersonales con los cuidadores primarios son interiorizadas como modelos representacionales que se generalizan en forma de expectativas sobre los otros. Si las figuras de apego son figuras de apoyo y de protección, el niño desarrollará un modelo relacional confiado y seguro; si por el contrario, los modelos de relación interiorizados son desconfiados,

hostiles e inciertos, las experiencias de apego les proporcionan representaciones negativas de las relaciones de afecto. De estos modelos representacionales negativos, el niño desarrolla expectativas de agresión, hostilidad y desconfianza sobre las relaciones interpersonales y los demás (Bowlby, 1969, 1973; Ainsworth, 1979), y consecuentemente, desarrolla un mayor número de conductas agresivas (Cohn, 1990; Lyons-Ruth, 1996). Como han señalado Greenberg, Speltz y DeKlyen (1993), el apego inseguro inicial refuerza en los cuidadores su percepción de inadecuación y baja autoestima, empeorando la calidad de la relación cuidador-niño e incrementando la probabilidad de los problemas exteriorizados.

Aproximaciones evolutivas: origen y desarrollo de la agresión

El origen de la agresión: el inicio del principio

El estudio de los factores prenatales y perinatales del desarrollo ya ha permitido identificar alguno de los factores previos al nacimiento que pudieran estar en la base de la conducta agresiva, al menos como facilitadores o variables de riesgo de esta conducta. El consumo de tabaco durante el embarazo o la vivencia de acontecimientos altamente estresantes durante el mismo han sido, entre otros, algunos de los hallazgos que han apoyado esta tesis (Ferguson, Woodward y Horwood, 1998; Raine, 2002).

Los orígenes de la conducta agresiva realmente comienzan en la infancia. El valor adaptativo atribuido a esta conducta, presente en la mayoría de los animales como instrumento de supervivencia, hacen comprensible que en el caso de los humanos aparezca al comienzo de nuestra existencia, instalada como una reacción innata o preparada al servicio de la defensa ante situaciones de riesgo (real o percibido) o como instrumento encaminado a la competencia o la consecución de logros.

Los trabajos de Tremblay y su equipo (Tremblay et al., 1996; Naggin y Tremblay, 1999; Tremblay et al., 1999; Brame et al., 2001) han mostrado que la conducta agresiva, específicamente la agresividad física, comienza al final del primer año de la vida del niño. Tremblay et al. (1999) encontraron que alrededor de los 17 meses de edad las madres ya informaban de altos

niveles de prevalencia en diversas conductas agresivas, tales como quitar cosas a los otros (17.7%-52.7%) o empujarlos (5.9%-40.1%). Conductas como morder, dar patadas, pelear, amenazar con golpear o atacar físicamente eran mostradas por uno de cada cuatro o cinco niños. Al menos el 8,2% de los niños eran calificados por sus madres como acosadores y el 3.9% como crueles. La agresividad física pues, se incrementa hasta los tres o cuatro años de edad, y posteriormente, experimenta un descenso progresivo que se extiende desde los 6 a los 15 años. No obstante, es preciso matizar, por una parte, que otras formas de agresividad (Ej: verbal o indirecta) se incrementan a partir de los dos años hasta la adolescencia, y por otra, que determinados grupos de sujetos pueden experimentar diferentes trayectorias, entre las que cabe mencionar aquellas que experimentan un incremento crónico de la agresividad hasta la adolescencia con un ligero declive en los años previos (Tremblay et al., 1996; Naggin y Tremblay, 1999; Brame et al., 2001).

La aparición temprana de la conducta agresiva y su incremento inicial supone una revisión de los planteamientos y modelos básicos que hasta el momento han intentado explicar esta conducta (Tremblay et al., 1999; Tremblay, 2003) y sobre lo que cabe comentar lo siguiente:

- 1) La conducta agresiva, si es una conducta aprendida, se aprende en los primeros momentos de la vida, aunque más bien deba considerarse como una conducta espontánea que llega a convertirse en un instrumento al servicio de los impulsos básicos propiciado por el desarrollo neuromotor del niño.
- 2) Los niños más que aprender a ser agresivos aprenden a no ser agresivos. En algunos casos, este aprendizaje no es realizado con éxito y las conductas aparecen incrementadas o cronificadas hasta la vida adulta.
- 3) Comprender las manifestaciones agresivas crónicas o incrementadas supondrá hallar los mecanismos que las regulan y las variables asociadas al éxito o fracaso de su correcto aprendizaje a lo largo del desarrollo.

El fracaso en el aprendizaje de la regulación emocional y conductual ha sido propuesto en la literatura como causa de los problemas exteriorizados en general (Bates, 1990; Eisenberg, Shepard, Fabes, Murphy y Gutrie, 1998; Patterson y Sanson, 1999) y particularmente, de la conducta agresiva (Olweus, 1984; Windle, 1991; Windle, 1992; White, Moffitt, Caspi, Bartush, Needles y Stouthamer-Loeber, 1994; Keenan y Shaw, 2003). Muchos de los Modelos del Temperamento, que no se detallarán en este espacio pero que pueden ser consultados en otro lugar (Kohnstamm, Bates y Rothbart, 1989), han realizado interesantes hipótesis explicativas sobre el origen de los problemas exteriorizados en los primeros momentos de la vida. Conceptos como el de *bondad de ajuste* (Thomas y Chess, 1989), o el de *Autorregulación* (Rothbart y Derryberry, 1981) o *esfuerzo de control* (Goldsmith, Buss y Lemery, 1997), entre otros, han aportado fundamentadas explicaciones para la comprensión de este fenómeno en relación con las interacciones familiares. Keenan y Shaw (2003), basados en gran medida en estas aportaciones, realizan una interesante propuesta para explicar la conducta agresiva. De acuerdo con ellos, dos son los elementos fundacionales primarios de la conducta agresiva: las diferencias individuales y los procesos de socialización. Los aspectos individuales de aparición temprana hacen referencia, en los primeros momentos de la vida, a diferentes componentes emocionales de carácter temperamental, tales como el umbral de activación, la intensidad de la respuesta, la latencia en la estabilidad emocional ante estímulos estresantes, el afecto negativo y la dificultad en su autorregulación (Rothbart y Ahadi, 1994; Keenan, 2000). Posteriormente más allá del primer año, otras variables se relacionan con la conducta adaptada del niño como la habilidad de autotranquilizarse, la habilidad de solicitar ayuda del cuidador, su respuesta a la frustración o las conductas instrumentales desarrolladas para reponerse a las situaciones aversivas (Kopp, 1989; Calkins y Jonson, 1998). Dos serán las principales variables que afectarán a la adecuada capacidad de regulación emocional con posterioridad: el desarrollo del lenguaje (Stansbury y Zimmermann, 1999; Coy, Speltz, DeKlyen y Jones, 2001) y la empatía o habilidad para adoptar la perspectiva y la emoción del otro

(Zahn-Waxler, Radke-Yarrow, Wagner y Chapman, 1992). Los adecuados procesos de socialización se relacionan con el grado de responsividad de los cuidadores o su habilidad para responder e implicarse en las necesidades evolutivas del niño con la calidad requerida (contingente y sensiblemente) (Gable e Isabella, 1992; Shaw y Winslow, 1997). Entre otros, serán decisivos en el aprendizaje de la autorregulación emocional inicial, la implicación parental, la consistencia en sus hábitos educativos, el grado de calidez- hostilidad y sus estrategias de control y disciplina sobre la conducta del niño (Pettit y Bates, 1989; Campbell, Pierce, Moore, Marakovitz y Newby, 1996; Shaw et al., 1998).

Más específicamente, la propuesta de Keenan y Shaw (2003) establece dos vías diferentes para explicar cada una de las conductas agresivas propuestas por Dodge y Coie (1987) (agresión reactiva y proactiva):

- La primera de estas vías propone que los niños altamente irritables (llanto intenso, alta latencia para permanecer quieto y dificultad para auto tranquilizarse), emocionalmente difíciles (baja tolerancia a la frustración, altamente reactivos y exigentes) y cuyos cuidadores tienen dificultades para leer las señales del niño, son tendentes a la sobreestimulación, son muy responsivos a las emociones del niño y poco exigentes desarrollarán una *conducta agresiva reactiva* (Stifter, Spinrad and Braungart-Rieker, 1999; Olson et al., 2000).
- La segunda vía propuesta, mantiene que los niños con bajo nivel de arousal (poco responsivos a la estimulación), conductualmente difíciles (persistentes, no reaccionan al castigo y buscadores de sensaciones) y educados por cuidadores con dificultades para leer las señales del niño, poco estimulantes e implicados y con estrategias de disciplina inconsistentes, desarrollarán una *conducta agresiva proactiva* (Colder, Mott and Berman, 2002; Shaw, Gilliom, Ingoldsby and Nagin, 2003).

Evolución y desarrollo de la conducta agresiva

Otros trabajos desde una perspectiva evolutiva se han ocupado del estudio del desarrollo y la estabilidad de la conducta agresiva a lo largo

de los años. Autores como Olweus (1979) y Patterson (1982), proponen inicialmente enfoques evolutivos del estudio de la agresión y sugieren vías unidireccionales en el desarrollo de ésta sustentados, como ya se ha expuesto, en el manejo que la familia hace de las primeras conductas problemáticas en el niño. De las primeras e incluso recientes investigaciones centradas en la estabilidad de la conducta agresiva (Olweus, 1979; Caspi, Elder y Bem, 1987; Loeber, Tremblay, Gagnon y Charlebois, 1989; Patterson, 1992) gran parte de los resultados han apuntado hacia una considerable estabilidad de estas conductas a lo largo de los años con correlaciones de .63 (Olweus, 1979) o de .92 (Patterson, 1992). Autores posteriores, entre otros, Moffit, Loeber, Tremblay o Arsenio han realizado propuestas multidireccionales del desarrollo de diferentes cursos y conductas agresivas.

Moffit y colaboradores (Moffit, 1993; Moffit, Caspi, Dickson, Silva y Stanton, 1996; Moffit, 2003) agrupando estudios longitudinales de más de diez años de investigación, sugiere dos prototipos de ofensores con orígenes diferentes a lo largo del desarrollo:

- Los *agresores de curso persistente*, cuyas conductas agresivas se inician a los tres años y continúan empeorando progresivamente a lo largo de los años persistiendo en la vida adulta. El origen de sus conductas se encuentra en los procesos neurológicos del desarrollo (temperamento incontrolable, anormalidades neurológicas, retraso motor, bajo nivel intelectual, dificultades de lectura, memoria deficitaria, hiperactividad y baja tasa cardiaca) y adversidades familiares (familias monoparentales, madres con retraso mental, maltrato familiar, disciplina inconsistente, conflicto familiar, bajo nivel económico y rechazo por parte de los iguales).
- *Agresores de curso limitado a la adolescencia*, cuyo origen se encuentra en los procesos sociales que comienzan en la adolescencia y desisten en la vida adulta, como son la delincuencia del grupo de iguales, las actitudes inmaduras ante la adolescencia o la adultez y el deseo de autonomía.

Loeber propone un modelo multidireccional en el que se expone una triple vía para el desarrollo de diferentes conductas agresivas (Loeber, Wung, Keenan, Giroux, Stouthamer-Loeber, Van Kammen y Maughan, 1993; Loeber y Hay, 1997; Loeber y Stouthamer-Loeber, 1998):

- Una primera vía que denomina *vía abierta*, la cual se inicia con problemas menores de agresión (Ej: molestar a los otros), evoluciona hacia la lucha y las peleas físicas en grupo y finalmente culmina con actos violentos (raptos, ataques, fuertes daños).
- La segunda, *vía de conflicto con la autoridad*, se inicia con conductas obstinadas previamente a los doce años, posteriormente evoluciona hacia la desobediencia y la conducta desafiante, y finalmente, llega a la evitación de la autoridad (hacer novillos, fugarse, quedarse hasta tarde).
- La tercera vía o *vía encubierta*, comienza con pequeñas conductas encubiertas (Ej: hurtos en las tiendas, frecuentes mentiras), continúa más tarde con daños a la propiedad (vandalismo, prender fuego), para culminar en moderados y serios actos delictivos (Ej: fraude, robos, allanamientos).

Las distintas vías expuestas se inician en la infancia y progresan de forma acumulativa hacia conductas más serias hasta la adolescencia.

Diferentes trabajos han estudiado, con una metodología centrada en el sujeto (análisis de clusters, cálculo de trayectorias), el curso evolutivo y el patrón de estabilidad de la conducta agresiva a lo largo del desarrollo (Moffit et al., 1996; Nagin y Tremblay, 1999; Denham, Workman, Cole, Weissbrod, Kendziora y Zahn-waxler, 2000; Arsenio, 2004) y han hallado, salvando algunas diferencias, cuatro cursos básicos en el desarrollo de la agresión: a) un grupo que muestra agresión tempranamente, la cual disminuye con el tiempo; b) un grupo con puntuaciones bajas en agresión que se incrementa con el tiempo y, c) un grupo con agresividad alta y estable a lo largo del tiempo.

Nagin y Tremblay (1999), con una metodología semiparamétrica centrada en datos longitudinales, similar al análisis de clusters, exami-

nan el desarrollo de la conducta agresiva en 1037 varones desde los seis hasta los 15 años, y obtienen cuatro trayectorias: 1) una trayectoria con bajas puntuaciones a lo largo del desarrollo; 2) una con niveles moderados que declina hasta niveles próximos a cero a los 15 años aproximadamente; 3) una que comienza con niveles altos y que declina hasta niveles medios y, 4) una con niveles de agresividad persistente a lo largo de todo el periodo analizado.

Las tres primeras trayectorias englobaban al 70% de la muestra y sólo el 4% seguían un curso persistente. El estudio de estas trayectorias ha sido posteriormente analizado en seis amplias muestras de diferentes países que abarcan desde los 6 años hasta la adolescencia (Broidy, Nagin, Tremblay, Bates, Brame, Dodge, Fergusson, Horwood, Loeber, Laird, Lynam, Moffit, Pettit y Vitaro, 2003) y entre niños de 24 meses a nueve años (Shaw et al., 2003; Arsénio, 2004). En todos estos trabajos se han identificado trayectorias agresivas de baja intensidad y en descenso que suponen el mayor porcentaje de la población junto con una trayectoria de curso persistente que representa a un pequeño porcentaje entre el 4 y 11% según las muestras.

Dos conclusiones importantes de estos resultados merecen ser destacadas:

- 1) en todos los estudios consultados los altos niveles de agresión física en la infancia o en los primeros años predecían la conducta agresiva o violenta en los años posteriores.
- 2) No existe evidencia de una trayectoria agresiva limitada exclusivamente a la adolescencia, por lo que no se identificó a ningún grupo de sujetos agresivos durante la adolescencia que no hubieran manifestado agresividad en su infancia.

Parece pues, que aunque se ha enfatizado la estabilidad de la conducta agresiva a lo largo de los años (Olweus, 1979; Caspi, Elder y Bem, 1987; Patterson, 1992; Farrington, 1994), otros trabajos con diferente metodología han puesto de manifiesto que la conducta agresiva a lo largo del desarrollo presenta diferentes patrones, y que, a pesar de su relativa estabilidad, no todos los sujetos persisten en esta conducta a lo largo

de los años. El reto futuro está en establecer las causas y los factores de riesgo asociados a aquellos sujetos que incrementan o persisten en estas conductas.

Modelos integradores: el análisis de los factores de riesgo

A pesar de los diferentes modelos explicativos de la agresión y la ingente investigación sobre las variables asociadas a la conducta agresiva aún no hemos sido capaces de proveer una explicación adecuada a este fenómeno. En este ánimo de alcanzar la explicación más óptima los modelos integradores han intentado agrupar el máximo de factores de riesgo y recoger la gran complejidad de este campo de estudio (Rutter, 2003): numerosas cuestiones que responder, enorme heterogeneidad, origen multicausal y multidireccional, efectos bidireccionales entre el sujeto y su medio, causas próximas y distales, influencias genéticas mediadas o no por el efecto del ambiente y otros factores individuales.

El análisis de los factores de riesgo nos permite encontrar a qué variables se asocia un aumento de la probabilidad de manifestar la agresión persistente y es el primer paso para el establecimiento de una relación causal (Angold y Costello, 2005). La adopción de una perspectiva evolutiva, el análisis de las estrategias preventivas y conocer los mecanismos que permiten una buena adaptación son vías que facilitarán la comprensión de los procesos causales (Ezpeleta, 2005).

Desde esta perspectiva se han propuesto numerosos modelos que agrupan los factores de riesgo en causas próximas y distales (Tremblay y Nagin, 2005); en procesos cognitivos, sociales, conductuales e interpersonales a lo largo del desarrollo evolutivo (Cicchetti y Toth, 1998); En factores protectores ambientales y personales (Bernard, 1991); en factores familiares, fisiológicos y genéticos (Loeber y Stouthamer-Loeber, 1998); En factores predisponentes, precipitantes y de mantenimiento (Carr, 1999). La exposición detallada de los factores de riesgo más relevantes asociados a la conducta agresiva, serán expuestos en el siguiente capítulo de esta monografía.

Sobre esta base inicial todo un puzzle de variables e interacciones complejas, algunas de

talladas en los capítulos sucesivos, actuarán como factores facilitadores o inhibidores que mediarán o modularán la aparición de la conducta agresiva y que de forma conjunta e interrelacionada compondrán un marco explicativo integral.

Referencias

- Ainsworth, M.D.S. (1979). Infant-mother attachment. *American Psychologist*, 34, 932-937.
- Anderson, C.A. (1989). Temperament and aggression: Ubiquitous effects of heat on occurrence of human violence. *Psychological Bulletin*, 106, 74-96.
- Anderson, C.A. y Bushman, B.J. (2001). Effects of violent video games on aggressive behavior, aggressive cognition, aggressive affect, physiological arousal, and prosocial behaviour: a meta-analytic review of the scientific literature. *Psychological Science*, 12, 353-359.
- Angold, A. y Costello, E.J. (2005). Epidemiología del desarrollo: la naturaleza del riesgo en los trastornos psiquiátricos. En L. Ezpeleta (Ed.), *Factores de riesgo en psicopatología del desarrollo* (pp. 21-52). Barcelona: Masson.
- Arsenio, W.F. (2004). *Trajectories of physical aggression from toddlerhood to middle childhood. Monographs of the Society for Research in Child Development*, Vol. 69. Oxford: Blackwell Publishing.
- Atkins, M.S., Stoff, D.M. y Osborne, M.L. (1993). Distinguishing instrumental and hostile aggression: Does it make a difference? *Journal of Abnormal Child Psychology*, Vol 21(4), 355-365.
- Averrill, J. R. (1982). *Anger and aggression: An essay on emotion*. New York: Doubleday.
- Azrin, N.H., Hutchinson, R.R. y McLaughlin, R. (1965). The opportunity for aggression as an operant reinforcer during aversive stimulation. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 8, 171-180.
- Bandura, A. (1973). *Aggression: a social learning analysis*. Englewood Cliffs, N.J.: Prentice Hall.
- Bandura, A. (1975). *Modificación de conducta. Análisis de la agresión y la delincuencia*. México: Trillas.
- Bandura, A. (1986). *Social foundations of thought and action: a social cognitive theory*. Englewood Cliffs, NJ: Prentice Hall.
- Bandura, A., Barbaranelli, C., Caprara, G.V. y Pastorelli, C. (1996). Mechanisms of moral disengagement in the exercise of moral agency. *Journal of Personality and Social Psychology*, 2, 364-374.
- Baron, R. A. y Richardson, D. (1994). *Human aggression*. New York: Prentice Hall.
- Bates, J. E. (1990). Conceptual and empirical linkages between temperament and behavior problems: a commentary to the Sanson, Prior, and Kyrios study. *Merrill Palmer Quarterly*, 36, 193-199.
- Berkowitz, L. (1970). Aggressive humor as a stimulus to aggressive responses. *Journal of Personality and Social Psychology*, 7, 202-207.
- Berkowitz, L. (1983). Aversively stimulated aggression: some parallels and differences in research with animals and humans. *American Psychologist*, 38, 1135-1144.
- Berkowitz, L. (1989). The frustration-aggression hypothesis: An examination and reformulation. *Psychological Bulletin*, 106, 59-73.
- Berkowitz, L. (1990). On the formation and regulation of anger and aggression: A cognitive-neosociationistic analysis. *American Psychologist*, 45, 494-503.
- Berkowitz, L. (1996). *Agresión: causas, consecuencias y control*. Desclée de Brouwer.
- Bernard, B. (1991). *Fostering Resiliency in Kids: Protective Factors in the Family, School, and Community*. Portland: Northwest Regional Educational Laboratory.
- Björkqvist, K., Lagerspetz, K. M., Kaukiainen, A. (1992). Do girls manipulate and boys fight? Developmental trends in regard to direct and indirect aggression. *Aggressive Behavior*, Vol 18(2), 117-127.
- Björkqvist, K., Österman, K., Kaukiainen, A. (1992). The development of direct and indirect aggressive strategies in males and females. En K. Björkqvist y P. Niemelä, *Of mice and women: Aspects of female aggression* (pp. 51-64). San Diego, CA, US: Academic Press.

- Blair, R.J. (2001). Neurocognitive models of aggression, the antisocial personality disorders and psychopaths. *Journal of Neurol. Neurosurgery Psychiatry*, 71 (6), 727-731.
- Blair, R.J. y Cipolotti, L. (2000). Impaired social response reversal. A case of "acquired sociopathy". *Brain*, 123, 1122-1141.
- Bleiberg, E. (1994). Normal and pathological narcissism in adolescence. *American Journal of Psychotherapy*, 48, 30-51.
- Blustein, J. (1996). Intervention with excessively aggressive children: conceptual and ethical issues. En C.F. Ferris y T. Grisso (Eds). *Understanding aggressive behavior in children* (pp. 308-317). New York: New York Academy of Sciences.
- Bowlby, J. (1969). *Attachment and loss: Attachment* (Vol. 1). New York: Basic Books.
- Bowlby, J. (1973). *Attachment and loss: Separation* (Vol. 2). New York: Basic Books.
- Bowlby, J. (1980). *Attachment and loss: loss, sadness and depression* (Vol.3). New York: Basic Books.
- Brame, B., Nagin, D.S. y Tremblay, R.E. (2001). Developmental trajectories of physical aggression from school entry to late adolescence. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 58, 389-394.
- Browne, K. y Hamilton-Giachritsis, C. (2005). The influence of violent media on children and adolescents: A public health approach. *Lancet*, 365, 702-710.
- Broydy, L.M., Nagin, D.S., Tremblay, R.E., Bates, J.E., Brame, B., Dodge, K., Fergusson, D., Horwood, J., Loeber, R., Laird, R., Lynam, D., Moffit, T., Pettit, G.S. y Vitaro, F. (2003). Developmental trajectories of childhood disruptive behaviours and adolescent delinquency: a six site, cross-national study. *Developmental Psychology*, 39 (2), 222-245.
- Buss, A.H (1961). *The psychology of aggression*. Oxford, England: Wiley.
- Calkins, S.D. y Johnson, M.C. (1998). Toddler regulation and distress to frustrating events: temperamental and maternal correlates. *Infant Behavior and Development*, 21, 379-395.
- Campbell, S.B., Pierce, E.W., Moore, G., Marakovitz, S. y Newby, K. (1996). Boys' externalizing problems at elementary school age: Pathways from early behavior problems, maternal control, and family stress. *Development and Psychopathology*, 8, 701-719.
- Carr, A. (1999). *The handbook of child and adolescent clinical psychology: a contextual approach*. London: Routledge.
- Caspi, A., Elder, G.H. y Bem, D.J. (1987). Moving against the world: life-course patterns of explosive children. *Developmental Psychology*, 23, 308-313.
- Cicchetti, D. y Toth, S. (1998). The development of depression in children and adolescents. *American Psychologist*, 53, 221-241.
- Cohn, D.A. (1990). Child mother attachment of six years old and social competence at school. *Child Development*, 61, 152-162.
- Colder, C.R., Mott, J.A. y Berman, A.S. (2002). The interactive effects of infant activity level and fear on growth trajectories of early childhood behaviour problems. *Development and Psychopathology*, 14, 1-24.
- Coy, K., Speltz, M.L., DeKlyen, M. y Jones, K. (2001). Social-cognitive processes in preschool boys with and without oppositional defiant disorder. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 29, 107-119.
- Crick, N.R (1995). Relational aggression: The role of intent attributions, feelings of distress, and provocation type. *Development and Psychopathology*, Vol 7(2), 313-322.
- Crick, N.R. (1996). The role of overt aggression, relational aggression, and prosocial behavior in the prediction of children's future social adjustment. *Child Development*, Vol 67(5), 2317-2327.
- Crick, N. R. y Dodge, K.A. (1994). A review and reformulation of social information processing mechanisms in children's social adjustment. *Psychological Bulletin*, 115, 74-101.
- Crick, N.R. y Grotpeter, J.K. (1995). Relational aggression, gender, and social-psychological adjustment. *Child Development*, Vol 66(3), 710-722.
- Day, D.M., Bream, L.A. y Pal, A. (1992). Proactive and reactive aggression: An analysis of subtypes based on teacher perceptions. *Journal of Clinical Child Psychology*, Vol 21(3), 210-217.

- Denham, S. A., Workman, E., Cole, P.M., Weissbrod, C., Kendziora, K.T. y Zahn-waxler, C. (2000). Prediction of externalizing behaviour problems from early to middle childhood: The role of parental socialization and emotional expression. *Development and Psychopathology*, 12, 23-45.
- Dodge, K.A. (1991). The structure and function of reactive and proactive aggression. En D. J. Pepler y K. H. Rubin. *The development and treatment of childhood aggression* (pp. 201-218). Hillsdale, NJ, England: Lawrence Erlbaum Associates.
- Dodge, K.A. y Coie, J.D. (1987) Social-information-processing factors in reactive and proactive aggression in children's peer groups. *Journal of Personality and Social Psychology*, Vol 53(6), 1146-1158.
- Dodge, K. A. y Crick, N.R. (1990). Social information processing bases of aggressive behaviour in children. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 15, 8-22.
- Dodge, K.A., Lochman, J.E. y Harnish, J.D. (1997). Reactive and proactive aggression in school children and psychiatrically impaired chronically assaultive youth. *Journal of Abnormal Psychology*, Vol 106(1), 37-51.
- Dolan, M., Anderson, I. M. y Deakin, J. F. W. (2001). Relationship between 5-HT function and impulsivity and aggression in male offenders with personality disorders. *British Journal of Psychiatry*, Vol 178, 352-359.
- Dollard, J., Doob, L.W., Miller, N.E., Mowrer, O.H. y Sears, R.R. (1939). *Frustration and aggression*. New Haven, Conn.: Yale Univ. Press
- Drexler, K., Schweitzer, J.B., Quinn, C.K., Gross, R., Ely, T.D., Mohammad, F. y Kilts, C.D. (2000). Neural activity related to anger in cocaine-dependent men: a posible link to violence and relapse. *American Journal of Addiction*, 9 (4), 331-339.
- D'Zurilla, T.J. y Goldfried, M.R. (1971). Problem solving and behaviour modification. *Journal of Abnormal Psychology*, 78, 107-126.
- Eddy, J., Leve, L. y Fagot, B. (2001). Coercive family processes: a replication and extension of Patterson's Coercion Model. *Aggressive Behavior*, 27, 14-25.
- Eisenberg, N., Shepard, S., Fabes, R., Murphy, B. y Guthrie, I. (1998). Shyness and Childrens' emotionality regulation, and coping: contemporaneous, longitudinal, and across-context relations. *Child Development*, 69, 767-790.
- Elliott, D.S., Huizinga, D. y Menard, S. (1989). *Múltiple problem youth: delinquency, substance use and mental health problems*. New York: Springer-Verlag.
- Ellis, Albert. (1976). Healthy and unhealthy aggression. *Humanitas*, Vol 12(2), 239-254.
- Eron, L. D. y Huesmann, L.R. (1984). The control of aggressive behavior by changes in attitudes, values, and the conditions of learning. En R.J. Blanchard (Eds.), *Advances in the study of aggression*, vol.1 (pp. 139-173). Orlando, FL: Academic Press.
- Ezpeleta, L. (2005). Prevención en psicopatología del desarrollo. En L. Ezpeleta (Ed.), *Factores de riesgo en psicopatología del desarrollo* (pp. 3-20). Barcelona: Masson.
- Farrington, D.P. (1994). Childhood, adolescent and adult features of violent males. En L.R. Huessman (Ed.), *Aggressive behaviour: Current perspectives* (pp. 215-240). NJ: Plenum Press.
- Fergusson, D.M., Woodward, L.J. y Horwood, L.J. (1998). Maternal smoking during pregnancy and psychiatric adjustment in late adolescence. *Archives of General Psychiatry*, 51 (8), 721-727.
- Feshbach, S. (1970). Aggression. En P. Mussen (Ed), *Cannichael's manual of child Psychology* (pp. 159-259). New York: Wiley.
- Freud, S. (1984). *El malestar en la cultura*. Madrid: Alianza.
- Gable, S. y Isabella, R.A. (1992). Maternal contributions to infant regulation of arousal. *Infant Behavior and Development*, 15, 95-107.
- Galen, B.R. y Underwood, M.K. (1997). A developmental investigation of social aggression among children. *Developmental Psychology*, Vol 33(4), 589-600.
- Gershoff, E. (2002). Corporal punishment by parents and associated child behaviours and experiences: a meta-analytic and theoretical review. *Psychological Bulletin*, 128, 539-579.
- Goldsmith, H., Buss, K. y Lemery, K. (1997). Toddler and childhood temperament: expanded content,

- stronger genetic evidence, new evidence for the importance of environment. *Developmental Psychology*, 33, 891-995.
- Graciano, A. M. y Moonin, K.C. (1984). *Children and Behavior Therapy*. Chicago: Aldine.
- Greenberg, M.T., Speltz, M.L. y DeKlyen, M. (1993). The role of attachment in the early development of disruptive behaviour problems. *Development and Psychopathology*, 5, 191-213.
- Grotzinger, J.K., Crick, N.R. (1996). Relational aggression, overt aggression, and friendship. *Child Development*, Vol 67(5), 2328-2338.
- Gupta, P. (1983). Frustration in socially disadvantaged adolescents. *Child Psychiatry Quarterly*, 16, 34-38.
- Hanson, C.L., Henggeler, S.W., Haefele, W.F. y Rodick, J.D. (1984). Demographic, individual, and family relationship correlates of serious and repeated crime among adolescents and their siblings. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 52, 528-538.
- Huesman, L.R. (1986). Psychological processes promoting the relation between exposure to media violence and aggressive behaviour by the viewer. *Journal of Social Issues*, 42, 125-139.
- Huesman, L.R. (1988). An information processing model for the development of aggression. *Aggressive Behavior*, 14, 13-24.
- Huesman, L.R. y Eron, L.D. (1989). Individual differences and the trait of aggression. *European Journal of Personality*, 3, 95-106.
- Huesmann, L.R. y Miller, L. S. (1994). Long-term effects of repeated exposure to media violence in childhood. En L.R. Huesmann (Ed.), *Aggressive Behavior. Current Perspectives* (153-186). NJ: Plenum Press.
- Huntingford, F. y Turner, A. (1987). *Animal conflict*. London: Chapman-Hall.
- Jack, D.C. (1999). *Behind the mask: Destruction and creativity in women's aggression*. Cambridge, MA, US: Harvard University Press.
- Jonson-Reid, M. (1998). Youth violence and exposure to violence in childhood: an ecological review. *Aggression and Violent Behavior*, 3, 159-179.
- Kander, E., Schwartz, J. y Jessel, T.M. (2001). *Principios de neurociencia*. México: Mc Graw-Hill Interamericana.
- Kassinove, H. y Sukhodolsky, D. G. (1995). Anger disorders: Basic science and practice issues. En H. Kassinove (Ed), *Anger disorders: definitions, diagnosis and treatment* (pp. 2-27). Washington: Taylor and Francis.
- Kazdin, A. E. (1988): *Tratamiento de la conducta antisocial en la infancia y la adolescencia*. Barcelona: Martínez Roca.
- Keenan, K. (2000). Emotion dysregulation as a risk factor for psychopathology. *Clinical Psychology: Science and Practice*, 7, 418-434.
- Keehn, J.D. (1975). La agresión dependiente de programa. En A. Bandura (Ed.), *Modificación de conducta. Análisis de la agresión y la delincuencia* (pp. 23-42). México: Trillas.
- Keenan, K. y Shaw, D. (2003). Starting at the beginning: exploring the etiology of antisocial behaviour in the first years of life. En B.B. Lahey, T. E. Moffitt y A. Caspi (Eds.), *Causes of conduct disorder and juvenile delinquency* (pp. 153-181). NY: The Guildford Press.
- Kirsh, S. (2003). The effects of video games on adolescents. The overlooked influence of development. *Aggression and Violent Behavior*, 8, 377-389.
- Kohnstamm, G.A., Bates, J.E. y Rothbart, M.K. (1989). *Temperament in Childhood*. Chichester: Wiley.
- Kopp, C.B. (1989). Regulation of distress and negative emotion. *Developmental Psychology*, 25, 343-354.
- Landau, S.F. y Raveh, A. (1987). Stress factors, social support and violence in Israeli society: a quantitative analysis. *Aggressive Behavior*, 13, 67-85.
- Lagerspetz, K.M., Björkqvist, K. y Peltonen, T. (1988). Is indirect aggression typical of females? Gender differences in aggressiveness in 11- to 12-year-old children. *Aggressive Behavior*, Vol 14(6), 403-414.
- Liu, J. (2004). Concept analysis: Aggression. *Issues in Mental Health Nursing*, Vol 25(7), 693-714.
- Loeber, R. y Hay, D.F. (1997). Key issues in the development of aggression and violence from childhood to early adulthood. *Annual Review of Psychology*, 48, 371-410.

- Loeber, R. y Stouthamer-Loeber, M. (1998). Development of juvenile aggression and violence. *American Psychologist*, 53, 242-259.
- Loeber, R., Tremblay, R.E., Gagnon, C. y Charlebois, P. (1989). Continuity and desistance in disruptive boys' early fighting in school. *Development and Psychopathology*, 1, 39-50.
- Loeber, R., Wung, P., Keenan, K., Giroux, B., Stouthamer-Loeber, M., Van Kammen, W.B. y Maughan, B. (1993). Developmental pathways in disruptive child behavior. *Development and Psychopathology*, 5, 101-132.
- Lorenz, K. (1963). *On aggression*. New York: Harcourt, Brace and World.
- Lyons-Ruth, K. (1996). Attachment relationships among children with aggressive behaviour problems: The role of disorganized early attachment patterns. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 64, 64-73.
- McCarthy, P. (1974). Youths who murder. En J. De Wit y M.W. Hartup (Eds.), *Determinants and origins of aggression* (pp. 589-593). The Hague: Mouton.
- Meloy, J.R. (1988). *The psychopathic mind: origins, dynamics and treatment*. Northvale: Jason Aronson.
- Miller, N.E. (1941). The frustration-aggression hypothesis. *Psychological Review*, 48, 337-342.
- Moffit, T.E. (1993). "Life-course persistent" and "adolescence limited" antisocial behaviour: A developmental taxonomy. *Psychological Review*, 100, 674-701.
- Moffit, T.E., Caspi, A., Dickson, N., Silva, P.A. y Stanton, W. (1996). Childhood-onset versus adolescent onset antisocial conduct in males: natural history from age 3 to 18. *Development and Psychopathology*, 8, 399-424.
- Moffit, T.E. (2003). Life course persistent and adolescence-limited antisocial behaviour. A 10 year research review and a research agenda. En B. Lahey, T.E. Moffit y A. Caspi (Ed.), *Causes of conduct disorder and juvenile delinquency* (pp. 49-75). New York: The Guildford Press.
- Moyer, K.E. (1968). Kinds of aggression and their physiological basis. *Communications in behavioral Biology*, 2, 65-87.
- Nagin, D. y Tremblay, R. E. (1999). Trajectories of boys' physical aggression, opposition, and hyperactivity on the path to physically violent and non-violent juvenile delinquency. *Child Development*, 70 (5), 1181-1196.
- O'Connor, T. (2002). The effects of parenting reconsidered: findings, challenges and applications. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 43, 555-572.
- O'Leary, S.G. y O'Leary, K.D. (1977). *Classroom management. The successful use of behavior modification*. New York: Pergamon Press.
- Olson, S. L., Bates, J.E., Sandy, J.M. y Lanthier, R. (2000). Early developmental precursors of externalizing behaviour in middle childhood and adolescence. *Journal of Abnormal Child Psychology*, 28, 119-133.
- Olweus, D. (1979). Stability of aggressive reaction patterns in males: a review. *Psychological Bulletin*, 86, 852-857.
- Olweus, D. (1980). Familial and temperamental determinants of aggressive behaviour in adolescent boys: a causal analysis. *Developmental Psychology*, 16, 644-660.
- Pakaslahti, L. (2000). Childrens' and adolescents' aggressive behaviour in context: the development and application of aggressive problem-solving strategies. *Aggression and Violent Behavior*, 5, 467-490.
- Paschall, M.J., Ringwalt, C.L. y Flewelling, R. (2003). Effects of parenting, father absence and affiliation with delinquent peers on delinquent behaviour among African American male adolescents. *Adolescence*, 38, 15-34.
- Pastore, N. (1952). The role of arbitrariness in the frustration aggression hypothesis. *Journal of Abnormal and Social Psychology*, 47, 728-731.
- Pastoreli, C., Barbaranelli, C., Cermak, I., Rozsa, S. y Caprara, G.V. (1997). Measuring emotional instability, prosocial behavior and aggression in pre-adolescents: a crossnational study. *Personality and Individual Differences*, 23, 4, 691-703.
- Patterson, G.R. (1982). *A social learning approach. III Coercive Family Process*. Eugene, OR: Castalia.
- Patterson, G.R. (1986). Performance models for aggressive boys. *American Psychologist*, 41, 432-444.

- Patterson, G.R. (1992). Developmental changes in antisocial behaviour. En R. De V. Peters, R.J. McMahon y V.L. Quinsey (Eds.), *Aggression and violence throughout the life span* (pp. 52-82). Newbury Park, CA: Sage.
- Patterson, G.R., DeBaryshe, B.D. y Ramsey, E. (1989). A developmental perspective on antisocial behaviour. *American Psychologist*, 44, 329-335.
- Patterson, G. y Sanson, A. (1999). The association of behavioural adjustment to temperament, parenting and family characteristics among 5-year old children. *Social Development*, 8, 293-309.
- Patterson, G.R. y Stouthamer-Loeber, M. (1984). The correlation of family management practices and delinquency. *Child Development*, 55, 1299-1307.
- Pettit, G. y Bates, J. (1989). Family interaction patterns and children's behaviour problems from infancy to 4 years. *Developmental Psychology*, 25, 413-420.
- Pietrini, D., Guazlelli, M., Basso, G., Jaffe, K. y Grafmann, J. (2000). Neural correlates of aggressive behavior in humans. *American Journal of Psychiatry*, 157, 1772-1781.
- Pinkston, E.M., Reese, N.M., Leblanc, J.M. y Baer, D.M. (1973). Independent control of a preschool child aggression and peer interaction by contingent teacher attention. *Journal of Applied Behavior Analysis*, 6, 115-124.
- Price, J.M. y Dodge, K.A. (1989). Reactive and proactive aggression in childhood: Relations to peer status and social context dimensions. *Journal of Abnormal Child Psychology*, Vol 17(4), 455-471.
- Pulkkinen, L. (1996). Proactive and reactive aggression in early adolescence as precursors to anti and prosocial behavior in young adults. *Aggressive Behavior*, Vol 22(4), 241-257.
- RAE (2001). *Diccionario De la lengua española. Vigésima segunda edición*. Madrid: Espasa Calpe.
- Raine, A. (2002). Annotation: the role of prefrontal deficits, low autonomic arousal and early health factors in the development of antisocial and aggressive behaviour in children. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 43, 417-434.
- Raine, A., Buchsbaum, M. y LaCasse, L. (1997). Brain abnormalities in murderers indicated by positron emission tomography, *Biological Psychiatry*, 42 (6), 495-508.
- Raine, A., Dodge, K., Loeber, R., Gatzke-Kopp, L., Lynam, D., Reynolds, E., Stouthamer-Loeber, M. y Liv, J. (2004). *Proactive and reactive aggression in adolescent boys* (manuscrito).
- Reiss, A.J. y Roth, J.A. (1993). *Understanding and preventing violence*. Washington: National Academy Press.
- Reynolds, G.S., Catania, A.C. y Skinner, B.F. (1963). Conditioned and unconditioned aggression on pigeons. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 6, 73-74.
- Romi, S. y Itskowitz, R. (1990). The relationship between locus of control and type of aggression in middle-class and culturally deprived children. *Personality and Individual Differences*, Vol 11(4), 327-333.
- Rothbart, M. K. y Ahadi, S. (1994). Temperament and the development of personality. *Journal of Abnormal Psychology*, 101, 55-66.
- Rothbart, M. K. y Derryberry, D. (1981). Development of individual differences in temperament. En M.E. Lamb y A.I. Brown. (Eds.), *Advances in developmental psychology*, Vol. 1 (pp. 37-86). Hillsdale, N.J.: Erlbaum.
- Rutter, M. (2003). Crucial paths from risk indicator to causal mechanism. En B. Lahey, T.E. Moffitt y A. Caspi, (Eds.), *Causes of conduct disorder and juvenile delinquency* (pp. 3-26). New York: The Guilford Press.
- Rutter, M., Giller, H. y Hagell, A. (1999). *La conducta antisocial de los jóvenes*. New York: Cambridge University Press.
- Scarpa, A. y Raine, A. (1997). Psychophysiology of anger and violent behavior. *Psychiatric clin. North. America*, 20 (2), 375-394.
- Shapiro, E.S. y Kratochwill, T.R. (2000). *Behavioral assessment in schools. Theory, research and clinical foundations*. New York: The Guilford Press.
- Shaw, D.S., Gilliom, M., Ingoldsby, E. M. y Nagin, D.S. (2003). Trajectories leading to school-age conduct problems. *Developmental Psychology*, 39, 189-200.
- Shaw, D.S. y Winslow, E.B. (1997). Precursors and correlates of antisocial behaviour from infancy

- to preschool. En D.M. Stoff y J. Breiling (Eds.), *Handbook of antisocial behaviour* (pp. 148-158). New York: Wiley.
- Sherry, J. (2001). The effects of violent video games on aggression. A meta-analysis. *Human communication Research*, 27, 409-431.
- Spielberger, C.D., Reheiser, E.C. y Sydeman, S. J. (1995). Measuring the Experience, Expression and Control of Anger. En H. Kassirer, *Anger Disorders: Definitions, Diagnosis, and Treatment*. Washington: Taylor and Francis.
- Spielberger, C.D. y Moscoso, M. (1996). Reacciones Emocionales del Estrés: Ansiedad y Cólera. *Avances en Psicología Clínica Latinoamericana*, 14, 59-81.
- Spielberger, C.D., Jacobs, G., Russell, S. y Crane, R.S. (1983). Assessment of Anger: the State-Trait Anger Scale. En J.N. Butcher y C.D. Spielberger (Eds.), *Advances in Personality Assessment*, vol. 2. Hillsdale: LEA.
- Spielberger, C.D., Johnson, E.H., Russell, S., Crane, R.S., Jacobs, G.A. y Worden, T.J. (1985). The Experience and Expression of Anger: Construction and Validation of an Anger Expression Scale. En M.A. Chesney y R.M. Rosenman (Eds.), *Anger and hostility in cardiovascular and behavioral Disorders*. New York: Hemisphere/Mc Graw-Hill.
- Stansbury, K. y Zimmermann, L.K. (1999). Relations among child language skills, maternal socialization of emotion regulation, and child behaviour problems. *Child Psychiatry and Human Development*, 30, 121-142.
- Stifter, C.A., Spinrad, T.L. y Braungart-Rieker, J.M. (1999). Toward a developmental model of child compliance: the role of emotion regulation in infancy. *Child Development*, 70, 21-32.
- Stith, S., Rosen, K. y Middleton, K. (2000). The intergenerational transmission of spouse abuse: a meta-analysis. *Journal of Marriage and the Family*, 62, 640-654.
- Tinbergen, N.A (1951). *A study of instinct*. Oxford: Clarendon Press.
- Thomas, A. y Chess, S. (1989). Temperament and Personality. En G.A. Kohnstamm, J.E. Bates y M.K. Rothbart (Eds.), *Temperament in Childhood* (pp. 249-261). Chichester: Wiley.
- Tremblay, R.E. (2003). Why socialization fails: the case of Chronic Physical Aggression. En B. Lahey, T.E. Moffitt, A. y Caspi, (Eds.), *Causes of conduct disorder and juvenile delinquency* (pp.182-226). New York: The Guilford Press.
- Tremblay, R.E., Boulerice, B., Harden, P.W., McDuff, P., Pélusé, D., Pihl, R.O. y Zoccolillo, M. (1996). Do children in Canada become more aggressive as they approach adolescence? En Human Resources Development Canada y Statistics Canada (Eds.), *Growing up in Canada: National Longitudinal Survey of Children and Youth* (pp. 127-137). Ottawa: Statistics Canada.
- Tremblay, R.E. y Naggin, D. (2005). The developmental origins of physical aggression in humans. En R. E. Tremblay, W.W. Hartup y J. Archer (Eds.), *Developmental origins of agresión* (pp. 83-132). New York: The Guilford Press.
- Tremblay, R.E., Japel, C., Pélusé, D., McDuff, P., Boivin, M., Zoccolillo, M. y Montplaisir, J. (1999). The search for the age of "onset" of physical aggression: Rousseau and Bandura revisited. *Criminal Behavior and Mental Health*, 9, 8-23.
- Ulrich, R. (1975). Entendiendo la agresión. En A. Bandura (Ed.), *Modificación de conducta. Análisis de la agresión y la delincuencia* (pp. 23-42). México: Trillas.
- Ulrich, R.E. (1966). Pain as a cause of aggression. *American Zoologist*, 6, 643-662.
- Ulrich, R.E. y Craine, W.H. (1964). Behavior: Persistent of shock-induced aggression. *Science*, 143, 971-973.
- Valzelli, L. (1983). *Psicobiología de la agresión y la violencia*. Madrid: Alhambra.
- Viatro, F.G., Gendreau, P.L., Tremblay, R.E. y Oligny, P. (1998). Reactive and proactive aggression differentially predict later conduct problems. *Journal of Child Psychology and Psychiatry*, 39, 377-385.
- Weil-Malherbe, H. (1971). The chemical estimation of catecholamines and their metabolites in body fluids and tissue extracts. En D.G. Lick (ed) *Methods of Biochemical Analysis* (pp. 119-152). Nueva York: Interscience.
- Weiner, B. (1985). An attributional theory of achievement motivation and emotion. *Psychological Review*, 92, 548-573.

- Weiner, B., Graham, S. y Chandler, C. (1982). Pity, anger, and guilt: an attributional analysis. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 8, 226-232.
- White, J.L., Moffitt, T.E., Caspi, A., Bartush, D.J., Neddles, D.J. y Stouthamer-Loeber, M. (1994). Measuring impulsivity and examining its relationship to delinquency. *Journal of Abnormal Psychology*, 103, 192-205.
- Wilson, E.O. (1980). *Sociobiology*. Londres: Harvard University Press.
- Windle, M. (1991). The difficult temperament in adolescence: associations with substance use, family support and problem behaviors. *Journal of Clinical Psychology*, 47, 310-315
- Windle, M. (1992). Temperament and social support in adolescence: Interrelations with depressive symptoms and delinquent behaviors. *Journal of Youth and Adolescence*, 21, 1-21.
- Willock, B. (1986). Narcissistic vulnerability in the hyperaggressive child: The disregarded (unloved, uncared for self). *Psychoanalytic Psychology*, 3, 59-80.
- Worchel, S. (1974). The effects of three types of arbitrary thwarting on the instigation to aggression. *Journal of Personality*, 42, 301-318.
- Zahn-Waxler, C., Radke-Yarrow, M., Wagner, E. y Chapman, M. (1992). Development of concern for others. *Developmental Psychology*, 28, 126-136.
- Zillman, D. (1979). *Hostility and aggression*. Hillsdale: Erlbaum.